
J. NEGRI O' HARA
LA AMENAZA TENEBROSA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



PRINTD IN SPAIN

TIP. ARTÍSTICA - VALENCIA

En abril de 1957, los periódicos publicaron una extraña noticia: Las instalaciones de radar de las Fuerzas Aéreas del West Frengh, en la bahía inglesa de Luce, informaron que «un objeto no identificado se había hecho visible en las pantallas y permanecido en el cielo un considerable espacio de tiempo». Oficialmente se comunicaba que no se le podía considerar como un cohete ni como un avión de tipo conocido. Llegó a la costa oeste de Escocia y allí se dejó ver calmosamente.

D. José Comas y Solá, Director del Observatorio Astronómico del Tibidabo y miembro de corporaciones científicas nacionales y extranjeras, escribió en «Astronomía y Ciencia General».

«Cierto que los organismos que puedan existir en los astros que hemos estudiado, serán indudablemente muy distintos que los de la Tierra, organismos que no podríamos quizá concebir, pero no por eso dejarán de ser menos reales…»

«… es el objeto final de la inteligencia suprema que rige el Cosmos, en una palabra, de-Dios; y no es posible creer que, dado el afán de vida que por todos lados nos rodea, queden desiertos estos mundos, que son, al fin y al cabo, iguales a los demás ante el infinito y la eternidad.»



I

Las razones que hubieran podido influir en el ánimo de Jules Levin, hasta solicitar del gobernador militar de Argel le facilitara un avión -incluido piloto, naturalmente- para marchar con urgencia a In-Salah, eran, no sólo desconocidas, sino absolutamente inimaginables para Marcel Polignac.

Monsieur Polignac, hombre bien conocido en el mundo científico por sus últimos y sorprendentes descubrimientos y estudios sobre los asteroides, cuyos resultados fueron publicados en todas las revistas astronómicas del mundo, había confiado a su colega Jules Levin una misión concreta y definida en Argel. Se trataba de observar con todo detenimiento el eclipse total de sol que se produciría algunos días después de que Levin marchara, y que sería visto en toda su magnitud desde aquella región africana; al mismo tiempo que le encareció tomase la mayor cantidad de fotografías de la corona solar, para posteriores estudios.

Jules Levin había accedido gustoso y entusiasmado, haciéndose acompañar por su joven ayudante Luis Martin, de ascendencia española, experto fotógrafo de los cuerpos siderales.

Y, ahora, monsieur Polignac se hallaba sentado tras la mesa de su despacho de Director del Observatorio Astronómico Francés,

leyendo por décima vez aquel desconcertante cablegrama, llegado de Argel en respuesta al suyo:

«Profesor Levin emprendió vuelo avión dirección In-Salah acompañado ayudante, piloto y desconocido. Desconozco motivos. Gobernador Militar».

—«¡Mon Dieu!» —murmuró sordamente monsieur Polignac—. ¿Motivos? Eso quisiera saber, ¿qué motivos, razonablemente justificados, le han hecho abandonar los instrumentos veinticuatro horas antes del eclipse?

Apretó uno de los botones que se hallaban alineados en un cuadro, oyéndose lejanamente el sonido de un timbre.

A los pocos instantes un hombre entreabrió la puerta del despacho, y preguntó:

—¿Llamaba, monsieur Polignac?

—Adelante, Clemont. Tome nota —le dijo monsieur Polignac, tecleando nerviosamente con los dedos sobre la mesa.

Extrajo Clemont un pequeño bloc y lápiz de un bolsillo y quedó a la espera.

—Ponga un cablegrama a la autoridad militar de In-Salah, en Argelia, solicitando noticias del profesor Levin. Urgentemente.

Clemont asintió en silencio y salió con rapidez. Monsieur Polignac se levantó, y, acercándose a una estantería repleta de volúmenes, extrajo uno de ellos que empezó a hojear atentamente, murmurando irritado, cada vez que volvía una hoja:

—In-Salah... In-Salah...

Al llegar a una lámina que representaba el dibujo de un mapa, se acercó para observarlo, deslizando un dedo sobre el papel.

—¿Qué habrá ido a buscar aquí? —se preguntó perplejo, deteniendo el dedo en el pequeño círculo que señalaba el lugar en que se hallaba In-Salah.

Leyó con dificultad los pequeños rótulos que figuraban en las

proximidades de aquel punto:

—Charuin... Tsabit... Oasis Tidikelt... Argan... ¡Argan! —repitió en voz más alta, con un ligero sobresalto.

Sí; Argan. La pequeña población de la que se había ocupado la Prensa mundial hacía un año por haberse observado desde allí el vuelo a escasísima altura de un artefacto extraño de los denominados «platillos volantes». Monsieur Polignac recordó aquellas noticias indocumentadas que a él le hicieron sonreír. Fue un objeto de forma alargada, según unos, o de forma esferoidal, según otros, y rodeado por unas a manera de alas circulares, el que coronó la meseta montañosa, en cuyas estribaciones se halla edificada Argan, para descender a velocidad vertiginosa, y, en vuelo casi rasante, adentrarse en el gran desierto de Iguidi, perdiendo altura visiblemente. Una intensa luz color verde manzana irradiaba de la parte central, produciendo una estela similar a la de los cometas. Al cruzar sobre Argan, los nativos huyeron aterrorizados al escuchar el agudo y vibrante silbido metálico que produjo. Ahora recordaba claramente monsieur Polignac todos los detalles que leyó sobre aquello. Una noticia hinchada y fantaseada por algún pobre diablo, corresponsal de alguna agencia de noticias, deseoso de llamar la atención...

¡Bah! Aquello no podía tener relación alguna con la marcha de Levin. No quedaba otro recurso que esperar noticias, y si éstas no eran satisfactorias, partir él mismo en avión hacia Argel para efectuar las observaciones del eclipse.

Transcurrió escasamente media hora que al impaciente monsieur Polignac se le antojó un mes, cuando Clemont entró precipitadamente, entregándole el papel de un cablegrama remitido desde In-Salah. Nerviosamente lo rasgó y leyó el enigmático contenido.

«Marcho dirección Argan, territorio tuareg. Indiscutible certeza mundos habitados. Telegrafíe Observatorios mundiales envíen representantes In-Salah. Hotel Nubia podrán comprobarlo. Jules Levin.»

Monsieur Polignac quedó con la boca entreabierta por el

asombro. Volvió a leer detenidamente el mensaje. No cabía duda: ¡El profesor Jules Levin se había vuelto loco! No de otra forma podía considerarse aquella afirmación rotunda de que existían mundos habitados lanzada desde aquel lejano lugar en tan extrañas circunstancias, y tratándose del profesor Levin, el más escéptico y frío calculador que habían encontrado en su camino las teorías lanzadas por otros sabios, referentes a la habitabilidad de otros mundos, cuyas teorías habían sido pulverizadas por Levin en diferentes ocasiones, demostrando de un plumazo las sólidas leyes físicas, astronómicas y biológicas que se oponían a tales ideas.

La cabeza de monsieur Polignac parecía iba a estallarle ante el vertiginoso giro de sus ideas.

Así pues, Jules Levin le pedía comunicar, nada menos que a todos los Observatorios Astronómicos, que enviasen representantes a In-Salah. ¡Dios Misericordioso! ¿Cómo hacerlo, para servir de burla a todo el mundo científico? ¿Y cómo cargar con la responsabilidad de no hacerlo, si acaso resultaba...? Pero... ¿es que él, Marcel Polignac, iba también a hacerse eco de semejante patraña? ¡No, y mil veces no!

Mas el gran respeto y admiración que monsieur Polignac sentía hacia su colega, le decía interiormente que a menos que el profesor Levin estuviese efectivamente loco, aquella su afirmación había de tener una tan firme base como para no dudar. Cuando Levin afirmaba... Monsieur Polignac tenía suficientes pruebas de la sagacidad y talento de aquel sabio de blanca barbita puntiaguda y calvo cráneo, conocido mundialmente. Además -pensó repentinamente- si Levin hubiese enloquecido habría intervenido inmediatamente el ayudante Martin, y no le hubiera seguido dócilmente como parecía indicar el primer mensaje recibido de Argel.

Lo que sí era un hecho que no admitía dudas, era que el eclipse no podría ser observado por Levin, y que él, Polignac, habría de dirigirse sin perder tiempo al lugar en que se hallaba emplazado el instrumental enviado por su Observatorio, y estudiar personalmente el eclipse.

Pasándose una mano por la sudorosa frente, ante la mirada intrigada de Clemont, tomó una resolución repentina.

—Solicite un avión que pueda trasladarnos rápidamente a Argel, con objeto de estar presentes a la hora del eclipse. Y... —quedó un momento pensativo y agregó—: Comunique a los Institutos astronómicos de Italia, España, Inglaterra y Alemania envíen a In-Salah, en Argelia, Hotel Nubia, algunos representantes que puedan comprobar un sorprendente descubrimiento del profesor Jules Levin.

Clemont, impasible, tomaba nota rápidamente de lo ordenado. Una vez terminó, monsieur Polignac respiró profundamente y dijo con apagada voz:

—Nada más. Con toda urgencia.

Ya estaba hecho. Sólo lo había comunicado a los centros más cercanos geográficamente al lugar indicado, en evitación de obligar a los demás a largos desplazamientos. Una idea, reacia en abandonar su mente, le decía que estaba al borde de correr el más espantoso ridículo de su vida profesional. Sólo la personalidad científica de su colega Levin había podido vencer a medias aquella resistencia...

Más tarde recibieron confirmación, desde In-Salah, del mensaje enviado por Levin, en el sentido de que el profesor había partido en dirección a Argan, acompañado de su ayudante Martin, un árabe desconocido y el conductor del «jeep» que los llevaba.

De ningún detalle más pudo tener noticias monsieur Polignac, a pesar de que, hasta unas horas después de que le comunicaron estar dispuesto el avión que habría de conducirle a Argel, le animó una secreta esperanza de recibirlas.

Sólo cuando se halló sentado, junto a Clemont que le acompañaba, en uno de los asientos del avión «cuatro plazas», pudo comenzar a coordinar las ideas con más tranquilidad.

Decidió, una vez terminadas las observaciones del eclipse, trasladarse a In-Salah y tratar de ponerse en contacto con los representantes extranjeros que hubiesen podido enviar los Institutos a

quienes lo comunicó, y luego... bueno, de lo que luego ocurriera, monsieur Polignac no quería ni pensar en ello. El ridículo, la burla, los grandes y sarcásticos titulares en los periódicos, todo, todo eso vendría después... ¿O tal vez...? ¡Otra vez aquella maldita duda! ¡Endiablado Levin! ¿Por qué, al recuerdo de los profundos conocimientos de este hombre, prendía la incertidumbre en su mente? ¿Por qué le iba penetrando la casi certidumbre de que esta vez, como tantas otras, Jules Levin no estaba equivocado...?

Antes de que hubiera dado fin a tantas reflexiones como le asaltaron durante el vuelo, sin haber cambiado palabra con Clemont que fumaba en silencio cigarrillo tras cigarrillo, monsieur Polignac notó la blanda sacudida del aparato al tomar tierra en el aeródromo militar de Argel.

II

Días antes, a la hora del atardecer, en aquel mismo aeródromo, había aterrizado el avión que condujo al profesor Jules Levin y a su ayudante Martin, los cuales, una vez se apearon del aparato, dedicaron la atención a la descarga de los instrumentos de precisión que habrían de facilitar la observación del eclipse.

El profesor Levin no representaba una edad determinada. Bajo de estatura y enjuto de cuerpo, la vivacidad de su mirada contrastaba con la blanca y corta barba puntiaguda -muy a la francesa; mostraba un cráneo reluciente desprovisto totalmente de cabellos, circunstancia que, lejos de incomodar al profesor, le satisfacía por el hecho de no tener que dedicar atención alguna a tan molesto aditamento capilar. Vestía el profesor pulcramente, y tan sólo en el descuido con que llevaba hecho el nudo de la corbata -escondido bajo una de las puntas del cuello- dejaba traslucir la despreocupación, tan habitual en los hombres de ciencia, por los detalles superfluos.

A pesar de ser Sub-director del mayor observatorio astronómico de su patria, Miembro de honor de los principales Institutos astronómicos mundiales, Caballero de la Legión de Honor,

descubridor del cometa conocido como «cometa Levin» cuando apenas era un puntito difícilmente visible en la constelación de Escorpio, y descubridor también de otra media docena de asteroides, el profesor Levin era hombre de encantadora sencillez y modestia, que no quedaban ocultas pese al geniecillo algo vivo de que hacía gala en algunas ocasiones.

Las distracciones, tan corrientes en sabios de esta naturaleza, no podían observarse en él; salvando, claro está, el que ni el lapicero ni las gafas conseguían hallarlos de primer intento -ni de segundo, tercero y cuarto- en alguno de sus bolsillos.

El ideal complemento de este hombre lo constituía su discípulo y ayudante Luis Martin, catedrático de Geografía astronómica y Física nuclear. De unos treinta años, fuerte de complexión y con un metro noventa de estatura, tenía el aspecto alegre y sano de un deportista. Una abierta y franca sonrisa mostraba sus fuertes dientes cada vez que el profesor -a quien respetaba y quería- sufría alguno de aquellos olvidos, que él subsanaba con una leve indicación señalando el lugar en que se hallaba el objeto buscado.

Eficiente colaborador en cuantas investigaciones emprendía el maestro, suplía con su entusiasmo y juventud el cansancio que acometía a éste, aunque raras veces.

* * *

Cuando los instrumentos se hallaron dispuestos para su traslado, el profesor Levin encareció a los encargados de ello el más exquisito cuidado en la conducción, y, cogiéndose al brazo de Martin, ambos emprendieron la marcha hacia la salida, donde un coche esperaba para trasladarlos al hotel Morocco, que habría de alojarlos.

Al día siguiente, a hora muy temprana, ya estaba el profesor Levin esperando a que Martin terminase su aseo para que le acompañara en varias visitas que pensaba efectuar.

No desayunaron en el hotel y lo hicieron al aire libre, en la terraza de un bar situado en la amplia plaza en que desembocaba la Avenida

de los Plátanos.

El profesor se hallaba encantado ante la diafanidad del cielo que auguraba una magnífica observación para varios días después en que se produciría el eclipse.

En una variada charla dejaron transcurrir el tiempo necesario para dirigirse a la Residencia General, primera visita de cortesía, tras la cual giraron algunas otras, y, por último, se hallaron en el pequeño Observatorio, donde les fue mostrado por el encargado de éste el lugar en que habían sido colocados los instrumentos llegados en el avión.

Al salir del Observatorio era más que mediada la mañana. Una soleada mañana a la que el creciente bullicio de las calles y el pintoresquismo de las blancas o rayadas chilabas árabes, daban un pintoresco toque de color.

Martin fijó distraídamente la mirada en un árabe que se hallaba detenido en la acera opuesta al Observatorio y al que creyó haber visto aquella mañana junto a la puerta del hotel.

Se mezclaron, caminando reposadamente, con los transeúntes que se apretujaban en las aceras. Curioseando por las calles, encaminaron sus pasos hacia lugares más apartados pero no menos concurridos, en los que el transitar resultaba difícil, pues a más de la estrechez de las calles, las innumerables tiendas al aire libre las hacían aún más angostas.

Buscando salir a lugar más amplio y despejado, Martin cogió de un brazo al profesor, intentando abrir paso en aquella riada humana. Al volver la cabeza, vio junto al profesor, casi rozando con él, al árabe que ya antes viera junto al hotel y frente al Observatorio.

Aquella vez fijó Martin algo más la atención en él. Era un árabe alto, de cargadas espaldas, cubierto por una deteriorada chilaba a rayas y con la cabeza embutida en un turbante que, acabado de lavar, tal vez fuera blanco. En general su aspecto, con la descuidada barba oscura que rodeaba el rostro, era el de un árabe nómada.

Aquel hombre quedó junto a una tienda de frutas, manoseando unas naranjas, y Martin dejó de prestarle atención.

Más tarde, sentados nuevamente en la terraza del bar que habían desayunado y que a aquella hora se hallaba muy concurrido por los más heterogéneos tipos, Martin descubrió nuevamente al árabe, sentado ante una de las mesas y contemplándolos fijamente.

Aquello empezó ya a intrigar un tanto a Martin, pero la voz del profesor le obligó a desviar la atención.

—Escuche, Martin, respecto a las fotografías que se hagan de la fotosfera han de ser con el filtro especial... —comenzó a hurgarse en los bolsillos sin hallar lo que buscaba.

Tras un instante de búsqueda, murmuró irritadamente:

—¡Cáspita! ¿Dónde lo habré puesto...?

—Tal vez ahí —señaló Martin, sonriendo, un bolsillo de la americana del que asomaba el extremo de un papel.

-¡Ah, sí! Aquí está —exclamó el profesor, satisfecho, mostrando el papel y comenzando a desdoblarlo—; aquí he anotado...

Mientras hablaba, buscaba en otro bolsillo con la mano que le quedaba libre. Evidentemente eran las gafas de concha que asomaban en el bolsillo superior de la americana.

Martin, sin decir palabra, las tocó con el índice.

—Gracias —agradeció el profesor, haciéndolas cabalgar sobre la puntiaguda nariz.

Fijó la vista sobre el papel y Martin le vio arrugar el entrecejo en un gesto de asombro.

—¿Qué es esto? —dijo con extrañeza, alargando el papel a Martin.

Éste leyó el contenido:

«Profesor: Le ruego no salga esta tarde del hotel. A las cinco irá una persona a visitarle. Recíbale en interés de la Ciencia.»

La nota estaba escrita en correcto francés. No aparecía firma ni otro dato alguno que indicara la persona que la enviaba.

Instintivamente, Martin dirigió la mirada hacia el lugar que ocupaba el árabe, pero éste había desaparecido.

—Pues, no sé, profesor —dijo a éste, denegando lentamente con la cabeza—; tal vez se la hayan entregado a usted y...

—No, no —negó vivamente Levin—, nadie me la entregó. Como no sea que en ese bullicio callejero...

Nuevamente recordó Martin al árabe, cuando le halló tan próximo al profesor.

No volvieron a hablar del asunto, pero, aún después de la comida en el hotel, y ya en sus habitaciones, Martin observó que el profesor se hallaba preocupado.

Dieron las cuatro y media, y Martin abandonó la lectura de una revista que le distrajo un buen rato. El profesor se hallaba hundido en un cómodo sillón, frente a él, mirando pensativo hacia el techo.

—¿Salimos, profesor?

Éste tuvo un ligero sobresalto y contestó precipitadamente:

—Gracias, Martin; estoy un poco fatigado del ajetreo de esta mañana y preferiría quedarme aquí. Salga usted, si lo desea.

Martin sonrió silenciosamente. Levin tenía un temperamento dinámico e incansable, incapaz de dejarle estar toda una tarde inactivo, si algo muy imperioso o que le hubiese interesado mucho no le obligara a ello. Martin sabía cuál era el motivo.

Mirando hacia la esfera del reloj, musitó, como para sí mismo:

—Aún falta media hora.

—¿Cómo? —saltó Levin—. ¡Ah! Usted se refiere a la persona que indicaba la nota, ¿no es así? ¡Bah! Nada de importancia. Algún descubridor de astros nuevos, con anteojos de once centímetros...

Pero a pesar de esta sarcástica observación, Martin le sorprendió

varias veces consultando el reloj de pulsera.

Aún no se habían apagado los ecos de las cinco campanadas cuando resonó el teléfono interior en la habitación. Martin fue a coger el auricular, pero ya el profesor se le había adelantado.

—¡Aló! ¿Profesor Levin? —preguntaron desde la contaduría.

—Diga...

—Un árabe pregunta por usted, señor. Dice que ya le avisó —la voz bajó de tono para decir—: Su aspecto es un tanto extraño...

—Dígale que suba, por favor—atajó el profesor nerviosamente, cortando la comunicación. Martin se incorporó, haciendo ademán de salir.

—No se marche, Martin —la voz de Levin cortó el movimiento de éste—. Le agradeceré esté presente.

A los pocos instantes, unos suaves golpes sonaron en la puerta a la vez que la voz de un empleado del hotel decía:

—¿Señor Levin...? El señor que le busca está aquí.

—Adelante —invitó el profesor.

La puerta fue abierta por el empleado, que dijo, mientras dejaba paso a otra persona:

—Si necesita algo, señor, me encuentro en el pasillo.

Martin pensó en que muy fuertes sospechas habría infundido el visitante en el encargado del hotel para que el empleado hubiese hecho esta advertencia.

En el umbral apareció la figura algo encorvada de un árabe. El mismo árabe que ya despertó leve inquietud en Martin y cuya presencia no le sorprendió en absoluto.

El visitante permaneció inmóvil unos segundos, y luego, llevándose la diestra primero a la frente y después a los labios, saludó:

—La Illah, il Allah...

Inclinando ligeramente la cabeza, el profesor correspondió al saludo.

—¿Y bien...? —preguntó.

—¿Tengo el honor de hablar al profesor Jules Levin? —preguntó a su vez el árabe, en correcto francés, pero con leve acento extranjero.

Martin le miró sorprendido. Pese a la astrosa chilaba cuyos deshilachados extremos descansaban en la alfombra, el perfil de aquel hombre reflejaba una personalidad y firmeza de carácter nada comunes.

Tras la afirmación de Levin a la pregunta del desconocido, éste desvió la vista hacia Martin, el cual vio entonces el acerado reflejo de los ojos, contrastando con el moreno rostro y oscura barba.

—¿Puedo hablarle reservadamente, profesor? —indagó a continuación, sin dejar de mirar a Martin.

—Si así lo desea... —accedió a medias Levin, señalando un asiento en muda invitación al visitante—. Aunque este señor es mi amigo y colaborador y puede estar presente en cualquier conversación científica que sostengamos, si no tiene inconveniente.

El árabe inclinó la cabeza en muda aceptación. Inmediatamente cambió su actitud. Irguió el busto que hasta entonces había mantenido inclinado, y todo él pareció desprenderse de aquel aire servil con que se había presentado.

Levin y Martin le contemplaban con asombro mezclado a una ligera intranquilidad. Aquel hombre comenzó a hablar con soltura y rapidez:

—Me llamo Clark Curtis. Soy norteamericano de Arizona. He tenido noticias de la llegada de usted, profesor, y me he apresurado a comunicarle algunos datos importantísimos. Sería largo de explicar. Es preciso que crea en mi palabra. Existen otros mundos habitados y yo he estado en uno de ellos. Ya sé... —se interrumpió al ver el gesto de alarma del profesor—; ya sé que me tomará por un loco, pero debe

creerme. Poseo pruebas materiales de lo que digo. He de marchar mañana lejos de aquí, a un lugar en que vendrán a buscarme. Sí, para llevarme «allí» otra vez... Y he de volver; necesito volver. Pero antes, quiero que usted quede convencido, profesor, y lo divulgue por el mundo...

Quedó silencioso, observando a Levin con ansiedad. Éste esbozó en los labios una sonrisita extraña, cuyo significado Martin conocía muy bien, y dijo:

—¡Ya! Y, claro, usted querrá a cambio de ese secreto alguna cantidad... que necesitará para volver allá, naturalmente...

Martin creyó descubrir un fugaz gesto de desaliento en el rostro del desconocido. Pero éste se rehizo rápidamente y replicó:

—No me comprende, profesor —su voz vibró con altivez—. No soy científico ni cosa que se le parezca. Sabía a qué me exponía con este paso, por ello no lo he intentado en el año que llevo en estas tierras. Pero ahora, y tratándose de usted, creí... Soy de este mundo ¿me entiende? Quería advertirle del peligro desconocido que se cierne sobre él. —A medida que hablaba iba excitándose más—. He de marchar a Kran por razones íntimas y para intentar frenar ese peligro. Usted era el más indicado para comunicarlo a todos. Me equivoqué.

Hizo ademán de levantarse ante la mirada temerosa de Levin que creía hallarse ante un loco furioso, cuando una mano de Martin cayó sobre su brazo.

—Un momento, Curtis —la voz de Martin tuvo una seca entonación—. Yo le creo. ¿Qué pruebas son las que posee?

La centelleante mirada de Curtis quedó posada unos segundos en los ojos de Martin, con una firmeza y profundidad que parecieron penetrar en su cerebro.

Le tendió la ancha y fuerte mano, y dijo escuetamente:

—Gracias, amigo.

A continuación se levantó y llegó hasta la puerta, que aseguró

con el pestillo interior. Luego, despojándose de la chilaba, quedó con el torso desnudo. A la altura del abdomen llevaba un objeto de extraño color verdoso, sujeto alrededor del cuerpo con un cinturón transparente de una materia semejante al plástico. Aquel objeto cuadrangular, del tamaño aproximado a una mediana máquina fotográfica, estaba desprovisto de aristas. Curtis pulsó un pequeño saliente de la parte superior y pudo separar aquel objeto, que depositó sobre una pequeña mesita cercana a la pared. Martin no pudo descubrir en el cinturón ningún rastro del mecanismo que pudiera haber tenido sujeto al artefacto.

El profesor Levin, inquieto, se había colocado las gafas y miraba minuciosamente aquello, golpeando suavemente sobre su superficie con la uña de un dedo.

—He aquí un arma desconocida en la Tierra —señaló Curtis hacia el objeto—. El metal de que está compuesto también es desconocido. Intente identificarlo.

Al decir esto, cogió el aparato ofreciéndolo a Martin. Éste lo sostuvo, pasando por él la yema de los dedos, y observó con atención. Tenía un peso aproximado de dos libras; de uno de los lados salía un fino hilo enroscado, de escasa longitud, rematado por una bolita; tanto ésta como el hilo eran de un dorado reluciente. La parte superior estaba perforada por unas docenas de agujeritos de pequeño diámetro, y en una de las caras laterales dos ranuras dejaban ver la blanca cinta de una materia interior.

—¿Qué le parece? —preguntó Curtis.

Martin no respondió. Depositó el objeto sobre la mesita y aguardó las explicaciones del otro.

—Ahora, vean algo asombroso —les dijo Curtis, presionando la bolita dorada unida al alambre.

Una vibración finísima, apenas audible, se dejó oír en la habitación, y ante la mirada de estupor del profesor y Martin, aquel objeto comenzó a elevarse lentamente quedando en el aire a escasas pulgadas de la mesa.

—Bien; intente cogerlo nuevamente —animó Curtis a Martin.

Éste titubeó. El profesor le susurró, nerviosamente:

—No lo haga, Martin; puede ser peligroso. Este hombre está loco.

Pero algo vio Martin en las pupilas de Curtis que le animó a adelantar el brazo con intención de obedecerle. Cuando ya se hallaba su mano a la misma distancia que la que separaba al aparato de la superficie de la mesa, Martin notó una extraña sensación repelente en sus dedos. Intentó nuevamente cogerlo y nuevamente su mano fue rechazada. Sólo entonces se dio cuenta Martin, con el escalofrío que se siente ante lo sobrenatural, que aquel artefacto estaba defendido ¡por una coraza invisible!

El profesor Levin no había perdido detalle de los movimientos ejecutados por Martin. Se dio cuenta instantáneamente de lo que ocurría y sólo tuvo alientos para exclamar:

—¡Portentoso!

Y ya estaba bien, tratándose del profesor Jules Levin.

Curtis, con una sonrisa silenciosa, pulsó nuevamente la brillante esferita que, al parecer, estaba fuera de la coraza invisible, y, al cesar la vibración, el aparato descendió suavemente quedando apoyado en la mesa. Alzándolo de ella, Curtis giró la mirada por la habitación, deteniéndola en una repisa de mármol.

—¿Tiene algún objeto metálico? —preguntó a Martin, que aún estaba estupefacto y que extrajo maquinalmente del bolsillo una moneda de níquel.

—¿Quiere colocarla sobre el mármol? —rogó Curtis.

Una vez quedó depositada la moneda, Curtis dirigió hacia aquel lugar la parte perforada del aparato y de éste brotaron cuatro líneas luminosas -roja, azul, amarilla y blanca- semejando líneas sólidas de color.

Fue todo tan imprevisto y rápido que apenas pudieron darse cuenta de lo ocurrido el profesor y Martin. Los extremos de aquellas

líneas luminosas convergieron en la moneda; pasó como un veloz soplo, tan instantánea fue la vibración; se apagaron los pequeños haces luminosos, y en el lugar que ocupó la moneda sólo quedó un leve polvo blanquísimo.

—Partículas residuales —aclaró Curtis—. Son de un metal blanco que no se ha conseguido desintegrar con estas ondas.

Siguió un silencio impresionante, el cual rompió Curtis para decir:

—Bien, señores; esto no es más que uno de los prodigios de Kran. Si esta demostración ha dado fin a las dudas, estoy dispuesto a mostrarles el lugar que ocupa este mundo desconocido, en el espacio. Pueden acompañarme, si están dispuestos.

—¿Dónde? —preguntó, vehementemente, Levin.

—Primero, a In-Salah. Hasta allí puede conducirnos un avión. Después, utilizando algún otro vehículo, hemos de adentrarnos en territorio tuareg buscando la ruta del oasis de Tuat. Allí finaliza el viaje.

—De acuerdo —decidió Levin, sin pensarlo ni un instante.

Curtis volvió a colocarse el aparato en el mismo lugar en que lo traía, y, cubriéndose con la chilaba, adoptó nuevamente el aire temeroso y reservado.

—Mañana, al amanecer —dijo—; téngalo todo preparado, profesor.

Y, abriendo la puerta, se volvió para dirigirles una burlona sonrisa junto con una zalema, diciendo en voz alta para ser oído por el empleado que aguardaba en el pasillo.

—La Illah, il Allah...

III

Amaneció un día espléndido. El avión proporcionado por la autoridad militar estaba dispuesto para emprender el vuelo, cuando el profesor Levin junto con Martin y Curtis llegaron al aeródromo.

El piloto designado para conducirlos saludó militarmente a los

recién llegados y esperó a que éstos ocuparan los asientos del aparato, para colocarse él en la carlinga frente a los mandos.

Zumbó el motor del avión, y éste, describiendo una amplia curva, tomó rumbo hacia In-Salah.

Mientras volaban sobre aquel territorio, cruzando montañosas y áridas mesetas rodeadas por desiertas llanuras de arena, el profesor Levin no cambió palabra con sus acompañantes. Tanto él como Martin parecían estar abismados en profundas cavilaciones. Solo Curtis permanecía impasible junto al piloto, observando los aparatos de orientación y deriva con la experta mirada del que se halla familiarizado con ellos. En una ocasión hizo una ligera indicación al piloto, y éste dirigiéndole una rápida mirada de sorpresa, rectificó algunos grados el rumbo del avión.

Tomaron tierra en In-Salah, algo más que mediada la mañana. Siempre acompañados por Curtis, visitaron al Comandante Militar, al que expusieron su deseo de marchar hacia Argan, y bordeando la cadena montañosa, dirigirse hacia el oasis Tuat para efectuar unas interesantes investigaciones. Éste puso a disposición del profesor Levin un «jeep» dotado de un pequeño remolque para las provisiones así como un conductor árabe gran conocedor de aquellas apartadas rutas.

Antes de emprender la partida, Levin cursó un cablegrama a su colega Polignac, del que ya tiene conocimiento el lector, y dejó un sobre en la dirección del hotel Nubia, con instrucciones del camino seguido, «para ser entregado al profesor Marcel Polignac o persona delegada por cualquier Instituto Astronómico.»

Después de una ligera comida y una vez provistos de las necesarias provisiones, de lo que ya se cuidó Martin, el «jeep», conducido por las hábiles manos de Abdul, el árabe, enfiló hacia la polvorienta carretera bordeada por pencales, que, a través de pedregosas llanuras -en las que se divisaban de tarde en tarde las verdosas islas de algunos espacios cultivados--conducía a la pequeña población de Argan, en pleno territorio tuareg.

Argan presentaba el aspecto de uno de tantos poblados argelinos, con calles empinadas y azoteas moriscas coronando achatados edificios enjalbegados de cal. Algunas otras edificaciones, de estilo más moderno, indicaban la influencia europea.

Llegaron al atardecer, cuando las lejanas montañas aparecían rodeadas por el nimbo dorado del sol que se ocultaba. El cálido halo que brotaba del reseco terreno empezaba a ser ahuyentado por una ligera brisa llegada del macizo montañoso.

Cubiertos de pies a cabeza por el polvo del camino, y con los labios resecos por el aire, Levin y Martin se apearon del vehículo, sacudiendo los salacots y refrescando los ardientes rostros con una toalla humedecida. Curtis, así como el conductor árabe, parecían habituados a estas ardientes jornadas.

Junto al vehículo dieron fin a una frugal comida, y, tras breve deliberación en la que el guía se mostró de acuerdo con lo expuesto por Curtis, decidieron continuar de noche el viaje, por estar aquel largo trayecto hasta la extremidad sur del oasis Tuat bañado durante el día por los rayos de un sol semejante a plomo derretido.

Cuando el vehículo se adentró en aquellos espacios solitarios, los viajeros se vieron envueltos por un silencio opresor e impresionante, sólo turbado por los roncos rugidos del motor, que luchaba por vencer los montículos arenosos, dando un endiablado traqueteo al «jeep».

La bóveda del cielo, totalmente limpia de nubes, mostraba con limpidez admirable las brillantes aglomeraciones luminosas de las constelaciones. Frente a los viajeros, el visible y rojizo disco de Marte parecía una inmóvil pupila que los contemplara.

Curtis señaló hacia el planeta, y, volviéndose a medias hacia los asientos, posteriores en que se hallaban Levin y Martin, murmuró:

—Takell.

Y ellos comprendieron, sin más explicaciones, que con este nombre era conocido el planeta Marte en aquel otro mundo desconocido y enigmático de que les habló Curtis.

—Takell... —musitó apagadamente Levin—. ¡Cielos! Martin ¿no será un sueño todo esto?

Pero Martin no respondió ocupado en asirse al asiento, de donde los violentos saltos del «jeep», al salvar unas dunas, parecieron querer arrancarlo.

* * *

El llamado oasis de Tuat puede decirse que forma la avanzada norte del gran desierto de Iguidi, que se extiende en dirección suroeste hasta Uadán, en la Mauritania, formando parte del inmenso Sahara.

Un río de corriente subterránea presta la necesaria humedad al subsuelo del oasis, como para favorecer el crecimiento de la vegetación que, ofreciendo una perspectiva de masas de verdor, rompe la triste y gris monotonía de aquellos áridos parajes.

El grupo de expedicionarios llegó a las inmediaciones del oasis por su parte oriental, cuando una difusa claridad anunciaba la aurora.

Después de una noche agotadora, en que sólo se habían detenido escasamente una hora para tomar algún alimento y descansar del traqueteo del «jeep», los miembros del profesor se hallaban entumecidos y doloridos. Tal vez Martin no fuera ajeno a estas molestias, pero tanto él como Curtis y el conductor no parecían acusarlas.

Detuvieron la marcha junto a un grupo de árboles enanos y procedieron a preparar un reconfortante desayuno. El profesor, a pesar de los años y endeble apariencia, parecía animado por una vitalidad extraordinaria; la proximidad del desenlace de aquella «locura» -según la denominó varias veces durante el viaje- parecía inyectarle nuevas energías, olvidando su maltratado cuerpo.

Apenas habían sostenido conversación a fondo durante el largo trayecto; sólo algunas frases sueltas y alguno que otro comentario sin importancia. Algo había, sin embargo, en la seguridad y aplomo de Curtis que les animaba en la esperanza de que habrían de presenciar

algo fuera de lo corriente.

Terminado el refrigerio, y por indicación de Curtis, prosiguieron la marcha bordeando el oasis y tomando la amplia curva que lo enfrentaba, por el oeste, con el desierto de Iguidi.

Ya calentaba el sol molestamente, cuando Curtis indicó al conductor desviase el vehículo hacia la derecha, abandonando la ruta que seguían.

Desembocaron en un claro al que un grupo de palmeras y algunos árboles de tupido ramaje daban una refrescante sombra, al amparo de la cual descubrieron una rústica edificación de madera y barro parduzco. De un amplio cobertizo, techado con hojas de palmera, adyacente a la casa, salió un árabe que, al ver a Curtis, se dirigió a él, y tras un rápido saludo, cambió algunas palabras en un dialecto desconocido para Martin y el profesor. Tras lo cual hizo una indicación al conductor para que situara al «jeep» al amparo del cobertizo.

Curtis mostró a sus acompañantes la sórdida vivienda, y haciendo una grotesca reverencia, anunció:

—Tomen posesión de este espléndido «bungalow».

En el interior, comprobaron que éste estaba dividido en dos departamentos. En el que se hallaban, sólo podía verse una deteriorada estera extendida sobre el suelo terrizo -el comedor, según dijo burlonamente Curtis- y una lámpara de petróleo sujeta a una clavija en la pared. El otro departamento se hallaba «amueblado» por un jergón enrollado, otra estera, varios cajones y un maletín de cuero muy estropeado, arrinconados en un ángulo, según pudieron contemplar a través del tabique de hojas de palmera; una pequeña puerta practicada al fondo de este último departamento, daba acceso al cobertizo que vieran antes.

El resto de la mañana la dedicaron a bañarse, por el sencillo procedimiento de verter sobre sus cabezas el agua contenida en una abollada lata, y en alojar en el interior de la cabaña los utensilios transportados en el remolque. Martin no dejó de felicitarse

interiormente por su previsión al incluir tres colchones neumáticos y algunos otros útiles que harían menos incómodo aquel lugar.

Estas tareas fueron ejecutadas en silencio por el árabe que hallaron a su llegada. Según Curtis, éste era un tuareg -mitad su amigo, mitad su asistente- al que encontró herido en el oasis hacía meses, y al que curó y alojó en la choza; cuidaba de la comida y del camello que se hallaba en el cobertizo. Era un hábil guía en las marchas por el desierto, y al decir esto, Curtis trazó un rápido semicírculo con el brazo en dirección a la llanura arenosa.

Aquella tarde, después de la comida y solamente cuando el tuareg y el conductor marcharon hacia el cobertizo para reposar, fue cuando Curtis abordó seriamente el asunto que había llevado hasta allí a sus huéspedes.

Se hallaban éstos sentados en la blanda superficie de los colchones neumáticos. Curtis había cargado de tabaco una corta pipa y aspiró varias bocanadas de humo antes de comenzar. Su voz sonó como muy lejana, con la misma entonación profunda con que los árabes cuentan sus leyendas.

—Voy a referirles la historia, tal vez increíble, de un muchacho de Arizona llamado Clark Curtis. Pero antes...

Se incorporó lentamente y marchó al otro aposento, de donde volvió portando el maletín de cuero.

Nuevamente sentado sobre la estera a usanza árabe, Curtis procedió a abrir el maletín. Las miradas de Levin y Martin estaban fijas en aquellas manipulaciones como atraídas por irresistible imán.

Curtis extrajo un disco de una materia negra brillante con un diámetro de unos veinte centímetros y cuatro de espesor. El contorno de aquel disco estaba interiormente perforado por innumerables y minúsculos orificios.

Colocado el disco sobre la estera, ante la expectación de los otros, Curtis impulsó una palanquita situada en la parte exterior. Instantáneamente los ojos asombrados del profesor y su ayudante

contemplaron atónitos, al par que oían el zumbido que ya oyeron en Argel, una esfera luminosa -a la que el disco servía de base- la cual se iluminaba interiormente con una intensa luz blanca, pero que no irradiaba al exterior.

Segundos después, Jules Levin, célebre astrónomo, físico y matemático, creyó estar soñando al ver en el interior de aquella esfera transparente, en un perfecto relieve y movimiento, el para él familiar sistema solar situado en la galaxia de la Vía Láctea.

Planetas y satélites giraban lentamente en una perfecta armonía alrededor de la pequeña esfera dorada y luminosa que hacía las veces de minúsculo sol y que se hallaba en el centro. Mercurio, Venus, Tierra, Marte... No, aquél no podía ser Marte: Marte era aquel otro; luego... La mirada del profesor seguía con infantil curiosidad los movimientos.

El planeta que le confundió se hallaba cercano a la Tierra, pero más alejado del Sol que ésta; era algo menos que dos tercios más pequeño y ejecutaba un movimiento de rotación y traslación sincronizado con el terrestre en el mismo plano. Como la Tierra se hallaba interpuesta entre el Sol y el planeta, éste se encontraba siempre envuelto en la sombra proyectada por la esfera terráquea.

Curtis miraba fijamente al profesor, hasta que Levin alzó la cabeza y se le quedó mirando en muda interrogación.

—Es Kran —se adelantó a decirle Curtis—; el planeta de que quiero hablarles. No es visible desde la Tierra, por estar eternamente envuelto en sombras. Éstos son sus satélites.

Curtis señaló seis minúsculos puntitos que giraban alrededor del planeta desconocido; pero estos satélites, desenfocados del haz de sombra de la Tierra, sí recibían los rayos solares, ofreciendo en su movimiento las diferentes fases de la Luna.

Tras una larga pausa contemplativa, en que el asombro no dejó pronunciar palabra al profesor ni a Martin, el primero pudo balbucir, con la boca seca:

—Pero, este aparato...

—No es más que un sencillo proyector —le atajó Curtis—; un proyector, por darle nombre terrestre, que se utiliza en Kran para la enseñanza de los jóvenes. Algo así como el abecedario para nuestros párvulos. Y ahora, presten atención —continuó—; esta noche he de recibir un mensaje. Hace quince días recibí el primero; cinco días después, otro y esta noche o mañana llegará el tercero y último. Vienen en mi busca, me necesitan. He de ir con «ellos».

Seguidamente comenzó a referirles una extraña historia. Lo hizo como si se refiriese a otra persona y no a él mismo.

La narración que sigue a continuación fue la que oyeron de labios de Clark Curtis, de Arizona, el profesor Jules Levin, famoso astrónomo, y Luis Martin, su discípulo, sentados en el interior de una cabaña perdida en el oasis de Tuat, cuando las primeras sombras nocturnas se cernían sobre el desierto de Iguidi, e iluminados sus rostros por la luz temblorosa de una lámpara de petróleo, que daba al lugar apariencias fantasmagóricas...

IV

Al terminar la guerra y ser licenciado el teniente Clark Curtis de las Fuerzas Aéreas, se halló extraño a todo y como aturdido. De una parte, la intensa actividad desarrollada durante la contienda le había educado en un estado de continua acción y tensión nerviosa, muy difícil de eliminar en veinticuatro horas; de otra parte, el pensamiento de la tranquilidad que le esperaba en Tucson, cuidando parte de la gran hacienda propiedad de su padre, no le convencía completamente.

Por lo cual decidió tomarse unos días de descanso en San Francisco de California, donde se hallaba, hasta decidir definitivamente lo que pensaba hacer.

Después de varios días en que deambuló como un autómata por las calles, asistió a varias sesiones de cine y a un concierto, se encontró aburrido. Trasegó algunos tragos, en unión de otros varios

amigos también licenciados, y al final Clark Curtis llegó a una desoladora conclusión: no se hallaba animado en absoluto para dedicarse al negocio ganadero, ni para habitar en ninguna de aquellas grandes ciudades, modernas y ruidosas, sin otra ilusión que dejar pasar los días.

Aquella noche tomó el tren para Tucson. Tras la vorágine en que estuvo envuelto en aquellos años, su espíritu anhelaba ir entrando en calma, una calma que llegaría paulatinamente y que le mostraría el camino mejor para sus afanes.

Recordó a Tinker -el menudo teniente Tinker- cuando marchaba al combate alegre y reidor, regresando mustio y cabizbajo. Éste fue quien dijo a Curtis que pensaba dedicarse durante tres o cuatro años a fotografiar animales en los grandes desiertos de Utah, «hasta hallar la paz para obrar con calma». Tenía razón, pensó Curtis. Buen chico este Tinker.

Recordó sonriente la cena de la última noche en que estuvieron todos juntos. Cada cual lucía sobre la guerrera alguna que otra condecoración, y sólo a los brindis, se dio cuenta Curtis de que la guerrera de Tinker estaba huérfana de ellas, ¡y poseía tantas como las de todos ellos juntas!

Un deseo vehemente de compartir con él aquella expedición fotográfica se apoderó de Curtis. Un año o dos de tranquilidad en la solitaria región le harían mucho bien a sus nervios agotados; y luego... Tucson y el ganado... o lo que fuera.

Desde la gran hacienda ganadera, Curtis telegrafió a Tinker interesándole si mantenía el ofrecimiento de que le acompañara, y la respuesta -calurosamente afirmativa- no se hizo esperar. Le decía Tinker que para veinte días después le esperaba en Salt Lake City, de donde partirían.

Así pues, el ferrocarril dejó a Curtis en la ciudad de Salt Lake, cinco días antes del señalado por Tinker.

Al día siguiente de su llegada, decidió Curtis marchar hacia los alrededores del Lago Salado y pasar en aquellos lugares los días que

le faltaban para su encuentro con Tinker. Alquiló una pequeña furgoneta y marchó con provisiones para varios días.

Tras cruzar la cadena montañosa, Curtis se adentró en la llanura poblada de cactos y arbustos espinosos. Allí la Naturaleza mostraba en todo su aspecto la salvaje y ruda belleza del desierto. Agrestes peñascales que servían de refugio a reptiles, cuyas huellas podían distinguirse perfectamente en la arena; enormes extensiones cubiertas de barro reseco y agrietado por el sol, restos de inundaciones producidas por súbitas tormentas; gigantescos cactos espinosos con alturas de cuatro y cinco pisos...

Curtis contemplaba todo ello sintiéndose envolver por una sedante calma. Cerca del anochecer, decidió acampar en un claro arenoso, llano y amplio. Procuró colocar la tienda de campaña lo mejor que pudo, encendiendo después una fogata, tras lo cual tomó algunos alimentos y un buen jarro de café. Mientras fumaba un cigarrillo, el cansancio de la jornada diurna le fue invadiendo, hasta que se tendió sobre el lecho para pasar la noche.

No podría haber dicho Curtis el tiempo que transcurrió, cuando despertó sobresaltado, quedando sentado sobre la manta. Los oídos no percibieron, en aquel impresionante silencio, otra cosa que los gritos aislados de los búhos persiguiendo a pequeños roedores.

Algo, sin embargo, no familiar en aquellos rumores nocturnos, le había despertado. Se calzó las gruesas botas, y, empuñando un revólver de que iba provisto, apartó la tela que cubría la entrada.

En el exterior nada parecía alterar la aparente calma del desierto. El débil reflejo de una luna en cuarto creciente daba una fantástica pincelada a las oscuras y lejanas formas de los cactos. Furtivos roces en la arena, por entre las ramas secas, indicaban a Curtis la engañosa paz que parecía reinar, mientras en las sombras seguía la eterna ley de vida y muerte.

Encendió un cigarrillo y aspiró con fruición el humo. Se volvió para entrar en la tienda, y entonces pudo contemplar algo que le admiró.

A unas cien yardas de donde él se hallaba, un gran cono de luz blanquísima iluminaba parte del terreno. Sobre la parte superior del cono -situada a unas cinco yardas- parecía estar apoyada en la altura un oscuro objeto circular de grandes dimensiones, al que la pálida luz lunar arrancaba extraños reflejos verdosos.

Venciendo el asombro, Curtis avanzó en dirección a aquella luz, en el preciso instante en que de aquel objeto brotó una tenue pero aguda vibración, al mismo tiempo que la cubierta superior se iluminaba con una fluorescencia color verde manzana. Inmediatamente comenzó a descender lentamente hasta quedar apoyado en la arena.

Jamás había visto Curtis un artefacto semejante -y había visto unos cuantos durante su vida militar- parecido a una esfera aplastada, y rodeada por un anillo horizontal a manera de alas.

Esperó unos instantes a que los tripulantes de aquel aparato diesen señales de vida, pero nunca pudo sospechar que las diesen de tal forma como para que él tuviera que frotarse los ojos desesperadamente, creyendo estar dormido aún.

De la parte superior de aquel objeto salió, «flotando en el aire», un hombre de pequeña estatura, el que, describiendo una graciosa curva en el aire, vino a quedar sobre la arena, pero «sin apoyarse en ella». Es decir, suspendido en el aire, a escasas pulgadas del suelo.

Curtis vio que aquel hombre tenía el cuerpo cubierto por una especie de fino tejido metálico ajustado completamente, haciéndole despedir resplandores verdosos.

En el preciso instante de llegar a tierra, descubrió a Curtis, y entonces éste le vio llevar la mano hacia un pequeño objeto que llevaba colgado del cinturón.

Intentó avanzar Curtis, levantando la mano en muda señal de amistad, pero de la mano del otro hombre brotó un haz de luz de intenso tono verde, que, dándole en pleno rostro, le deslumbró. A partir de aquel momento, Curtis perdió toda noción de lo que ocurrió a continuación.

V

Curtis recuperó el conocimiento después de un tiempo que él no podía precisar. Podían haber transcurrido minutos, días, meses... Era de noche. Se hallaba tendido en una especie de recipiente ovalado, con cierta semejanza a una bañera, pero construido de un material transparente y dúctil, que daba la impresión de cristal flexible. El pavimento, del mismo material pero más endurecido, reflejaba un suave tono rosado al recibir los apagados destellos de lo que Curtis creyó lejana Luna.

Miró hacia el firmamento y no halló la situación de las constelaciones a que tan habituado estaba.

Trató de incorporarse, consiguiéndolo a duras penas. Una gran debilidad le invadía. Contempló aquel lugar con extrañeza y vio que era espacioso y rebordeado por una tapia de mediana altura; al parecer, se encontraba en una extensa azotea.

Avanzó unos pasos, intentando desentumecer los miembros. Se dio cuenta, entonces, de un ligero zumbido intermitente en el que antes no había recaído su atención. En aquel momento, se alzó un trozo circular del pavimento, a unas diez yardas de distancia, saliendo al exterior un hombre pequeño y cubierto por un vestido de reflejos metálicos, igual al que ya viera en el tripulante del extraño aparato. Otros dos hombres más siguieron al primero, los cuales se acercaron a Curtis hasta quedar a unas pocas yardas de él.

Curtis se dirigió lentamente hacia los desconocidos, mientras éstos le observaban en silencio. Súbitamente, Curtis notó en el pecho y el rostro la sensación invisible y repelente de algo que le rechazaba. Extendió los brazos para defenderse y notó, sorprendido, que éstos también eran rechazados.

Aquellos hombres continuaban mirando atentamente. Curtis, nervioso, fue palpando aquella pared invisible, igual que un ratón aprisionado en el interior de una quesera.

Acercándose al lugar que le permitía estar más próximo a los

visitantes, comenzó a hablarles excitado:

—¿Qué significa esto? ¿Qué pretenden? ¡Sáquenme de aquí! ¡Pronto! O, por mil diablos, que no he de dejarles hueso sano.

Los desconocidos no se inmutaron. Uno de ellos se volvió de espaldas a Curtis, y, al instante, una luz blanca parecida a la que despiden los tubos de neón, pareció fluir de todo el pavimento inundando con claridad diáfana aquel lugar.

Curtis ahogó una exclamación de estupor. ¡Aquellos hombres no eran como los demás seres humanos que él había visto! En general, sí presentaban la misma apariencia -exceptuando la corta estatura- pero ahora, iluminados por aquella claridad, podían sorprenderse detalles impresionantes.

La cabeza era alargada, dándoles un absurdo aspecto, y la frente prominente en exceso, así como la parte posterior del cráneo. Ojos diminutos y rasgados, más rasgados aún que los orientales, y en el lugar de las orejas solo dos pequeños orificios. En cambio, de los parietales les sobresalían unas extrañas protuberancias carnosas, semejantes en su forma a las setas denominadas «de Satán».

Pero lo inexplicable de todo aquello se acentuaba aún más por la pigmentación de la piel en cabeza y manos -el resto del cuerpo estaba cubierto por aquel tejido metálico- las cuales eran blancas, pero de una blancura nívea, sin mostrar rastro alguno de riego sanguíneo. La faz de estos seres era enjuta –aquilina- y desprovista totalmente de vello, lo mismo que el cráneo, reluciente y sin cabellos, idéntico a mármol pulimentado.

Una mezcla de horror y asombro dejó paralizado a Curtis. ¿Qué extraño mundo era aquél en que se hallaba? ¿Sería cierto el rumor, sin fundamento, de los «platillos volantes» tripulados por seres de otro planeta?

Mas dejó a un lado tales pensamientos, interesado por aquellos seres que parecían decidirse a obrar. Acercándose al agujero por el que habían llegado, uno de ellos tocó algo en una cajita que llevaba sujeta al tórax y del abierto agujero salió al exterior, flotando en el aire,

una caja de mediano tamaño, que vino a detenerse ante los otros dos.

Éstos se inclinaron hacia ella, y Curtis les vio pulsar algún diminuto resorte. En el interior del recinto invisible en que se hallaba preso, sonó el soplo que produce el aire comprimido, y Curtis aspiró la vivificante atmósfera saturada abundantemente de oxígeno. Más... más aún... Sentía irresistibles deseos de brincar y correr, pese al cansancio que antes le acosaba; pero su cerebro trabajaba, mientras tanto, vertiginosamente.

¡Iban a matarle! Estaba saturado peligrosamente de oxígeno puro aquella invisible campana.

—¡No! ¡No! —gritó desaforadamente, haciendo desesperadas señas negativas con los brazos, mientras los oídos comenzaban a zumbarle y la vista se le nublaba.

Sufrió un desvanecimiento, y, al volver en sí, había cesado el chorro de oxígeno y la atmósfera era normal. Junto a él encontró varios recipientes llenos de líquidos pastosos, cada cual de un color distinto. Cogió uno de ellos y olió el contenido, de un color verdoso. Descubrió el familiar olor de hierba fresca, y, titubeando ligeramente, lo acercó a los labios para probarlo. Si era una bebida mortal, más valía tomarla antes de sufrir las torturas a que sería sometido por aquellos extraños seres, que aún continuaban contemplándole. Por que a Curtis no le cabía la menor duda de que había caído en manos de gente cruel y despiadada.

Al ingerir parte de aquella sustancia notó un sabor pastoso y dulzón con ligero gusto a menta. No sabía cuánto tiempo llevaba sin probar alimentos, por lo que terminó consumiendo todo el contenido del recipiente. Después, procedió a probar otro, cuyo sabor algo amargo le recordó al de los arenques ahumados, y así, uno a uno, fue dando buena cuenta de todo el contenido de las vasijas.

Algo más confortado, trató de poner en orden sus ideas. Se hallaba, evidentemente, en un lugar desconocido y extraño, rodeado por seres más extraños aún. Había sido transportado allí por el artefacto que vio en el desierto de Utah, una vez quedó aturdido por

los efectos del rayo de luz verde. Debía intentar, pues, hacerse entender por aquellos hombres o lo que fueran, haciéndoles comprender que era un ciudadano libre de un país libre y que deseaba ser puesto en libertad; no sólo en libertad, sino ser llevado nuevamente al lugar de donde le trajeron contra su voluntad.

Por señas se dirigió a ellos, haciéndoles gestos que cualquier mortal -así pensaba Curtis- hubiera interpretado a la perfección. Parecieron interesarse con sus movimientos, pero Curtis llegó a la desalentadora convicción de que no conseguía nada positivo.

Otro personaje hizo su aparición por el orificio de entrada. Era semejante a los otros, pero su vestido lanzaba rojizos reflejos en lugar de azulados como los demás. Éstos se apartaron respetuosamente, dejándole avanzar hacia la pared invisible que rodeaba a Curtis. Después de observarle breves momentos se volvió hacia los otros y Curtis percibió unos sonidos guturales y armoniosos, a los que el resto de los hombres contestaban con aislados sonidos parecidos.

Curtis estaba vivamente interesado por saber el resultado de lo que suponía conversación, aunque no inteligible para él.

El individuo llegado últimamente pulsó algo en la cajita que llevaba a la altura del pecho, idéntica a las demás, y Curtis empezó a oír el zumbido vibratorio al mismo tiempo que aquel hombre se elevaba unas pulgadas en el aire. Avanzó como en vuelo flotante hacia el lugar en que se hallaba Curtis, y, al llegar cerca de donde debía encontrarse la muralla invisible, llevó una mano hacia la cajita y la vibración se hizo más intensa y aguda. Ante el asombro de Curtis, aquel hombre llegó próximo a él y quedó mirándole fijamente el rostro.

No hizo Curtis el menor movimiento, deseoso de mostrar sus pacíficas intenciones. Vio cómo las protuberancias laterales de la cabeza del hombre que estaba junto a él, se movían lentamente hasta quedar dirigidas a su rostro, mientras las pupilas semi-escondidas atraían su mirada como irresistible imán.

Segundos después, Curtis sentía el cerebro penetrado por la absoluta certeza de que aquel hombre deseaba saber si él, Curtis,

intentaría hacerles algún daño si le libertaban.

¡No, Dios Santo! Curtis movió la cabeza y los brazos, desesperadamente ¿Qué daño iba a hacerles? Estaba desarmado e indefenso. Sólo deseaba salir de allí, donde maldito el deseo que tenía de estar, y marchar a Utah. Sí, a Utah; el mismo lugar de donde le trajeron.

Más que con palabras, Curtis transmitió todo ello pensándolo intensamente.

Su interlocutor, sin dejar de tener la nívea mano próxima a la cajita, pareció comprender algo, puesto que, presionando en una brillante bolita que pendía de un fino alambre enrollado en la cajita, quedó con los pies apoyados en el suelo.

Pausadamente avanzó tres pasos hasta quedar separado de Curtis sólo unos palmos. Nuevamente los blancos dedos presionaron el resorte y la vibración descendió de tono hasta ser apenas audible. A continuación, la mano avanzó lentamente hasta rozar el rostro de Curtis, el cual se estremeció al notar la misma sensación que produce el roce de la piel de un reptil.

Aquellos dedos, finos y desprovistos de uñas, fueron palpando suavemente los cabellos y la barba -algo crecida- y quedaron detenidos más tiempo en los parietales y orejas. Luego, recorrieron la ropa, hasta que, inclinándose el hombre, tocó las gruesas botas.

Al verle en aquella postura, tentado estuvo Curtis de dar un puntapié al curioso hombrecillo, pero, instantáneamente que lo pensó, éste dio un rápido salto hacia atrás, quedando con la mano junto a la extraña cajita. Hasta algún tiempo después no tuvo noticias Curtis al borde de qué gran peligro estuvo. Curtis le dirigió una amistosa sonrisa y pensó que, en realidad, lo que a él interesaba era ser buen chico y volver sano y salvo de aquella extraña aventura.

El hombrecillo, entonces, lanzó con la garganta unas cortas modulaciones, que hicieron a uno de los que permanecían distanciados acercarse al agujero de entrada e inclinarse sobre él.

Momentos después, Curtis tenía sujeto a la espalda, a manera de mochila, un recipiente oblongo, cerrado herméticamente, que penetró en la cámara invisible que le rodeaba, flotando en el espacio, y que el hombrecillo le colocó. Seguidamente, al dirigirle un fino haz de luz rosada, se sintió envuelto por aquella vibración ya tan conocida, y elevado del suelo como si se hallase apoyado en una espesa alfombra o sobre una cámara neumática.

No bien se halló en aquellas condiciones, fue impulsado por una fuerza desconocida que le condujo por el aire, a escasa distancia del suelo, hasta el agujero circular de entrada.

Al hundirse en sus profundidades, Curtis vio que los otros hombres le seguían por el mismo camino.

VI

Llegaron a tierra suavemente tras un rápido descenso, y, al mirar hacia arriba, Curtis pudo comprobar que el lugar en que antes se encontrara lo constituía un enorme disco inmóvil en el aire, sin columnas ni base alguna que lo sostuviera. Espaciadamente, descubrió otros discos similares, situados a diferentes alturas.

Se hallaba, evidentemente, en una gran ciudad de un modo desconocido. Podía distinguir perfectamente amplias avenidas lisas y pulimentadas, a las que iluminaba una blanca luz que parecía brotar de todas partes. Enormes edificios en forma de casquetes esféricos, sin ventanas ni aberturas visibles, lanzaban sus acerados reflejos.

Ni un árbol ni el más ligero vestigio de vegetación animaba la visión de aquella ciudad desolada, en la que el gran silencio reinante acentuaba más aún la impresión de ciudad muerta.

Los acompañantes de Curtis rodearon a éste, y, tras unas breves modulaciones del que parecía capitanearlos, pulsaron en las cajitas, colocando a Curtis entre ellos, y se lanzaron en vuelo rasante a lo largo de una de las avenidas, en dirección a un edificio de grandes proporciones.

Llegados ante él, el hombre cuyo traje lanzaba reflejos rojizos, dirigió el haz de luz hacia un punto de la hermética pared, y, ante la asombrada mirada de Curtis, ésta dejó al descubierto una entrada de forma elíptica por la que penetraron.

A partir de aquel momento, Curtis fue objeto de una detenida y minuciosa observación por parte de otros hombres cubiertos por aquel extraño traje de tono rojo.

En el interior del edificio, una gran rampa en espiral sostenía infinidad de departamentos. Todo aquello estaba iluminado por una intensa luz blanca, que daba la engañosa impresión de un día soleado.

Curtis no pudo calcular jamás los días transcurridos desde su llegada. El reloj de pulsera lo tenía estropeado y no pudo, en absoluto, conseguir que funcionara.

Después de sufrir toda clase de reconocimientos, con los más extraños y desconcertantes aparatos que pudiera imaginar, fue trasladado finalmente a una espaciosa habitación, en la que halló una especie de lecho constituido por una blanda materia desconocida. Algunos recipientes conteniendo los «asquerosos líquidos» que ya había probado anteriormente, le confortaron un tanto el maltratado estómago.

Al terminar de tomar aquel alimento, se tendió filosóficamente en el lecho, y, pocos instantes después, dormía profundamente. Al fin y al cabo, durante la guerra había descansado en lugares peores que aquél, y, pasado por situaciones, si no tan extrañas, por lo menos algo más peligrosas.

* * *

Con el cuerpo descansado y las fuerzas recuperadas, despertó Curtis tras el largo sueño. En la habitación se hallaba uno de aquellos hombrecillos, observándole con atención. Se acercó a Curtis, y, al tratar éste de incorporarse, extendió el brazo y le retuvo suavemente, como indicándole que continuase sentado.

Luego vino todo un fatigoso proceso de hacerse entender por Curtis, hasta que, tras larga duración, y sólo valiéndose de las protuberancias carnosas de ambos lados de la cabeza, consiguió incrustar en la mente de éste unas vagas y confusas ideas de «saber», «aprender», «estudiar».

Fueron largos períodos de entrenamiento, al final de los cuales Curtis caía rendido en el lecho. Nuevamente, al despertar, ya estaba allí otra vez el «profesor» intentando hacerle comprender el extraño lenguaje de su mundo.

Aquel largo y difícil aprendizaje produjo, al fin, una gran satisfacción a Curtis: comprender y hacerse comprender por su interlocutor.

Por él supo Curtis que se hallaba en Kran, el planeta sumido en las tinieblas proyectadas por la sombra de la Tierra -conocida por Fall entre ellos- que se interponía eternamente entre Kran y Djon, el Sol.

El lenguaje de Kran era lacónico y de sonidos armoniosos. Era, más bien, un complemento de las ideas. Entre ellos se transmitían el pensamiento -por medio de las protuberancias llamadas «nang»; es decir, transmitían la idea base. Por ejemplo: marchar. Seguidamente la palabra indicaba dónde había que marchar, dando por hecho que el otro ya sabía que se trataba de marchar.

Aquel hombrecillo resultó agradable y distraído a Curtis, el cual sostenía con él conversaciones, aunque sólo de palabras, ya que les resultaba menos laborioso que emplear la transmisión, en la que Curtis se fatigaba enormemente.

Se llamaba Ding, y era «terk» -equivalente a comandante- de la flota aérea de exploraciones siderales.

Fue mostrando a Curtis, sucesivamente, los maravillosos adelantos científicos de Kran. Proyectó en perfecto relieve todo el sistema planetario solar, con el lugar que ocupaba Kran en el espacio, girando siempre dentro del haz de sombras de la Tierra, por lo que no era visible desde ésta, y rodeado por sus seis pequeños satélites, los cuales sí recibían los rayos solares.

Los kranianos habían conseguido acumular energía solar en cuatro de sus satélites, la cual enviaban a Kran por medio de los túneles de ondas que lo unían a éstos. Los más modernos avances de la Ciencia terrestre habían sido rebasados a tan gran distancia por los kranianos, que resultaban atrasados y primarios.

Una variedad infinita de ondas aún no descubiertas por los terrícolas era utilizada por ellos en todas sus actividades. Tal era la aplicación de aquellas extrañas cajitas sujetas al cuerpo y que no eran otra cosa que depósitos de energía transmisora de ondas para distintas aplicaciones. Ondas repelentes, de atracción, flotantes, envolventes, desintegrantes... Ondas que rodeaban la cabeza como con una invisible escafandra, o desde el cuello a las caderas, o bien totalmente, haciéndoles quedar suspendidos en el aire...

Curtis, de asombro en asombro, fue enterado por Ding de cuantas particularidades referentes a Kran le interesó.

Pasado este período que podríamos llamar teórico, Ding comenzó a mostrar a Curtis el manejo de algunos instrumentos. El de más utilidad y curioso para Curtis fue la caja llamada «skron», que todos los kranianos llevaban sujeta sobre el tórax, por las múltiples aplicaciones que se le podían dar. Era arma defensiva y ofensiva; vehículo para trasladarse a nivel del suelo, o, poniendo en juego las ondas impulsoras de gran radio, ascender a considerable altura.

Mientras duraron las lecciones, Curtis se alimentaba de aquella sustancia que diariamente encontraba al despertar y que le fortalecía notablemente. Ding le informó que se trataba de «concentraciones vitales», extraídas expresamente para él, dada su conformación fisiológica, según los informes obtenidos en los reconocimientos.

Al terminar una de las explicaciones, Ding comunicó a Curtis que ya se encontraba en condiciones de ser llevado a presencia del Kon-Dad, que traducido literalmente y en lenguaje terrestre, era algo así como «Gran Saber» o «Sapientísimo».

VII

Llegó el día señalado para que Curtis fuese llevado a presencia del Kon-Dad, máximo soberano de aquel ignoto mundo.

Ha de advertirse que la expresión «día» no responde exactamente a la aceptada en la Tierra, puesto que Kran, situado en el centro del haz de intensa sombra proyectada por la Tierra, se halla siempre envuelto en densas tinieblas, percibiendo tan sólo el parpadeante reflejo de los lejanos soles y la tenue refracción de sus pequeños satélites.

Cuatro hombres «rojos»-es decir, revestidos por trajes que despedían destellos de este color- le hicieron las últimas advertencias, antes de que Ding le condujera a la residencia del Kon-Dad.

Anteriormente, el propio Ding le había informado que el color del traje indicaba la especialidad de cada individuo. Así, los «rojos» eran los especializados en las distintas ciencias, algo así como los doctores terrícolas; el color azul -que era el de Ding- distinguía a los pertenecientes a la milicia exploradora de regiones siderales; el blanco, a los encargados de la distribución y control de las distintas centrales de energía; y así, sucesivamente, había instruido a Curtis en otros interesantes extremos relativos a la organización individual de Kran.

Dispuestos para la marcha, Curtis se dejó colocar un ligero casco que le cubrió el cráneo, y el «skron», en este caso desprovisto de ondas mortíferas y sólo dispuesto para ser controlado a distancia por Ding.

Evidentemente, aquellos fríos y calculadores hombrecillos no habían depositado confianza alguna en Curtis.

Salieron al exterior, envueltos en la coraza de ondas flotantes. Con Curtis marchaban Ding y otros dos «azules».

Imprimieron velocidad a la marcha y las ondas propulsoras les trasladaron a enorme velocidad hacia otro edificio de mayor proporción que el anterior. Durante el recorrido a través de las lisas y luminiscentes avenidas, Curtis vio algunos otros hombres que se cruzaban con ellos, utilizando el mismo original sistema de transporte.

Una extraña inquietud se apoderó de él al hallarse detenido con sus conductores ante el lugar que debía ser la entrada al palacio del Kon-Dad. Iba a encontrarse, dentro de breves instantes, en presencia del «Sapientísimo», que habría de decir sobre su destino. Un vago temor hizo mella en su espíritu.

Curtis no era un científico -ni aún siquiera un alumno aventajado durante sus años estudiantiles- y no podía por menos que sentir el mordisco de la mortal incertidumbre, ante la proximidad de hallarse frente al ser que era reconocido como «Gran Saber» por aquellos otros que ya le maravillaron con sus desconcertantes conocimientos.

La entrada fue franqueada, y en el interior hallaron una guardia formada por seis «azules» al mando de un jefe, los cuales se apartaron respetuosamente al reconocer a Ding.

Se despojaron los recién llegados de la coraza flotante, excepto Curtis que quedó envuelto en ella, ya que así lo consideró oportuno Ding, que era quien le dirigía con sus ondas.

Ascendieron la rampa en espiral que conducía a una extensa planta semicircular, cuyo fondo era una lisa pared metálica, en la que varios «azules» parecían montar vigilancia, aunque Curtis no pudo hallar rastro alguno de puerta o cosa parecida.

Sin embargo, a la indicación de Ding, uno de ellos dirigió un rayo de luz hacia aquel liso muro, y quedó al descubierto una puerta en forma de ojiva, pareciéndole a Curtis que la puerta descendió, ocultándose verticalmente en el pavimento. Ding cruzó aquella entrada haciendo que Curtis le precediera, siempre flotando a escasas pulgadas del suelo. Los otros «azules» quedaron fuera, una vez la puerta fue cerrada.

La estancia en que penetraron era circular y de una amplitud extraordinaria. El techo y las paredes parecían despedir una intensa luz blanca que, sin embargo, no producía la menor molestia en los ojos.

A la derecha de la entrada y próximo a la pared, se hallaba una especie de pequeño lecho revestido por el tejido peculiar en Kran,

pero de intensos, reflejos dorados, y sobre él, semejante a un pequeño Buda, estaba sentado un hombre pequeñito, cubierto por una dorada túnica que le cubría el cuerpo. Un detalle llamó la atención de Curtis inmediatamente: la cabeza de aquel ser era monstruosa en sus dimensiones. La protuberante frente formaba como otra cabeza supletoria y la parte posterior formaba también como una gran bolsa allí acoplada. Si aquellos seres poseían cerebro -y de esto no tenía Curtis la menor duda- el Kon-Dad podía decirse que era un cerebro viviente.

Aquel hombre no hizo el menor movimiento al entrar los visitantes. Permaneció sumido en una profunda abstracción, con la cabeza ligeramente inclinada.

Ding avanzó hacia él hasta hallarse a unos pies de distancia, y entonces Curtis le vio detenerse inclinando la cabeza y extendiendo los brazos horizontalmente, quedando inmóvil. Los «nang», o sea las protuberancias carnosas de la cabeza, quedaron dirigidas hacia el Kon-Dad.

Éste continuaba inmóvil; sólo sus «nangs» se movieron lentamente hasta quedar enfrentados con los del otro.

Ni una voz, ni un murmullo oyó Curtis en la estancia saturada de un silencio casi sólido, sólo cortado por el zumbido del «skron» que le sostenía flotando.

Transcurridos unos instantes, Ding rompió aquella extraña inmovilidad y retrocedió de espaldas en dirección a Curtis.

—El Kon-Dad quiere que te acerques —le susurró—. Avanza lentamente y no hables. Quédate inmóvil frente a él.

Seguidamente, con su «skron» hizo cesar las ondas que mantenían a Curtis en el aire y éste se halló apoyado en el suelo.

Curtis quedó indeciso. Aún cuando en el tiempo que llevaba en Kran había sabido desviar su pensamiento de ideas que pudieran ser percibidas por Ding y que no le resultaban agradables a éste, se hallaba ahora al borde de no poderlas dominar al hallarse frente a

aquel ridículo Kon-Dad. Y Curtis no hubiera titubeado en afirmar que ya, desde aquel mismo instante, aquellos pensamientos tan poco halagüeños eran conocidos por aquel fenomenal cerebro.

Hasta quedar situado en el lugar en que Ding había permanecido durante la muda entrevista con el Kon-Dad, sólo tenía Curtis que avanzar unos diez pasos, pero, al intentar dar el primero, se vio elevado en el aire, en el que describió una curva, yendo a caer con suavidad justamente encima del Kon-Dad, al que derribó estrepitosamente, quedando sentado en el mismo lugar que antes ocupara éste.

Con un gesto de consternación en el rostro, Curtis intentó ayudar a levantarse al Kon-Dad, que ya lo hacía trabajosamente por su cuenta. Al volverse Curtis hacia Ding, se vio enfocado por un fino haz de rayos luminosos -rojo, azul, amarillo y blanco- que brotaban del «skron» de éste, al mismo tiempo que por la abierta puerta penetraban cuatro «azules» que le enfocaban a su vez.

Un frío sudor humedeció la frente de Curtis. Había podido comprobar los terribles efectos de aquel «rayo iris» durante el tiempo en que Ding le instruyó. Sabía que un leve movimiento en el resorte haría que estos cuatro rayos convergieran en su cuerpo y que no quedaría de él la menor partícula. Sería pulverizado por la rápida acción de las ondas desintegradoras.

Ding manipuló en el «skron» y envolvió a Curtis en la coraza de ondas flotantes haciéndole volver al centro de la estancia, siempre enfocado por los «rayos iris» de los otros «azules».

A continuación, Ding avanzó unos pasos y adoptó nuevamente la posición de reverencia frente al Kon-Dad, colocado ya en el lecho o trono.

Segundos después hizo avanzar a Curtis encerrado en la coraza invisible, hasta quedar junto a él. Ante un gesto de Ding, los «azules» abandonaron la habitación.

Aún no había salido Curtis del estupor que le produjo el inesperado salto. Teóricamente tenía conocimientos de todo cuanto

podría ocurrir a un terrícola caso de hallarse en un planeta de más o menos gravedad que la Tierra, pero lo ocurrido superaba todo cálculo. Pensó rápidamente en que él se convertía por esta circunstancia en un temible adversario en fuerza y agilidad para aquellos hombres de tan escasa estatura. Calculó que, dada la distancia recorrida con el pequeño esfuerzo desarrollado, podía trasladarse en varias zancadas a una gran distancia, al mismo tiempo que con el mismo esfuerzo con que se golpea una pelota de base-ball podría lanzar a cualquier kraniano a una distancia incalculable.

Le sacó de aquellos pensamientos la voz grave y melodiosa del Kon-Dad.

—Te crees superior, hombre de Fall —le dijo—. Reconocerás tu error.

Acto seguido, presionó algo en una caja alargada que se hallaba al alcance de su mano, dirigiendo los «nangs» hacia ella.

No habían transcurrido diez minutos, cuando penetró en la estancia, por una abertura circular practicada en el techo, un par de extrañas botas, las cuales fueron a posarse junto a Curtis.

Enfocado por Ding con los «rayos iris», fue desprovisto Curtis de la coraza de ondas, y entonces, le ordenó el Kon-Dad:

—Colócate ese calzado, hombre de Fall.

Con sumo cuidado, a fin de no dar lugar a otro estropicio, se calzó Curtis aquellas extrañas botas. Eran ligerísimas, pese a las gruesas suelas de que estaban dotadas. Estaban construidas de una materia verdosa y transparente de suma flexibilidad.

—Acércate —oyó decir al Kon-Dad, tan pronto hubo terminado de colocárselas.

Intentó hacerlo, empleando para ello un imperceptible esfuerzo, pero no pudo conseguirlo. Solo hasta que lo intentó de igual forma que si se hallase en la Tierra, lo consiguió.

Cuando quedó frente al Kon-Dad, éste dirigió los «nangs» hacia él, ante la actitud respetuosa de Ding.

Curtis sintió atraído su cerebro como por un irresistible imán. La sensación de que, hasta sus más íntimos pensamientos, eran siendo conocidos en aquel momento por el Kon-Dad, llegó a ser una certeza absoluta.

Al cabo de esta especie de reconocimiento, el Kon-Dad comenzó a hablar lentamente.

—Hombre de Fall —al decir esto, los rasgados ojos estaban fijos en el rostro de Curtis—; perteneces a la más extraña y deplorable raza de que tenemos noticias. Infinidad de órganos están atrofiados en ti. Tu cerebro está saturado de conceptos absurdos y erróneos, sólo comparables a los que saturan a los habitantes de Djavar, nuestro último y atrasado satélite. Muchas dificultades habremos de vencer cuando llegue el momento de invadir a Fall, el planeta que nos priva de la vivificante influencia de los rayos de Djon. Serás instruido en nuestras costumbres y nos darás noticias de Fall. Dime, ¿hay seres superiores a ti en tu planeta, despreciable hombre de Fall?

Curtis no salía de su asombro ante la increíble fatuidad de aquel hombrecillo. Además, su lenguaje resultaba por demás insultante, y él, Curtis, no estaba dispuesto a soportarlo ni aún en aquella situación, y menos, apoyándose en conceptos -de los que ya estaba harto- de seres superiores y razas predestinadas.

Refrenando su indignación, respondió:

—Kon-Dad; pertenezco a un mundo que tal vez tenga muchos conceptos erróneos, pero entre éstos existe uno que nos obliga a no molestar a los demás como tú lo haces. Pero, situándome en el plano «superior» de Kran, te diré que sí existen seres en Fall con superiores conocimientos a los míos, lo cual no impide que me resultes el más ridículo ser que he visto en mi vida.

Ya estaba dicho. El lenguaje de Kran no poseía vocablos lo suficientemente duros como hubiera deseado Curtis; pero utilizó el más fuerte tono despectivo en lo que dijo.

El Kon-Dad no pareció darse por ofendido. Solo comentó en voz baja como para sí mismo:

—Reacciones rudimentarias.

Luego, tras haber dirigido las protuberancias hacia Ding, éste salió del salón en compañía de Curtis.

VIII

A partir del momento en que salió del salón que ocupaba el Kon-Dad, Curtis quedó en el palacio, internado en una estancia acondicionada para él y bajo la directa vigilancia de Ding. Éste continuó instruyéndole en infinidad de pormenores desconocidos para Curtis. Así tuvo conocimiento de que los seis satélites de Kran estaban habitados por razas diferentes dominadas por los kranianos, que ejercían el control y se surtían en ellos de los elementos vitales necesarios. Supo Curtis que innumerables naves de la flota aérea de exploración ejecutaban en la actualidad frecuentes vuelos de reconocimiento sobre Fall, tomando valiosos datos atmosféricos y fotográficos del planeta, pues era cosa decidida por el Kon-Dad la ocupación de Fall.

Curtis decidió actuar con suma cautela. Evidentemente, no podía pensar por el momento en regresar a la Tierra; necesitaría para ello poseer una de aquellas naves aéreas para vuelos interplanetarios, y aún así, resultaba imposible que sin conocer su manejo pudiese dirigirla. Necesitaba, pues, dar pruebas de conformidad con la situación e intentar captarse la confianza de los kranianos, sin dejar por ello de intentar descubrir cualquier posible fallo en aquella máquina formidable.

Desde aquel momento, Curtis se dedicó con toda paciencia a demostrar a Ding sus buenas disposiciones e incluso dejando entrever cierta complacencia cada vez que éste dirigía la conversación hacia el tema de la ocupación de Fall, que, una vez conseguida, situaría a Curtis en una situación envidiable con respecto a Kon-Dad, ya que podría prestar valiosos servicios a Kran dados sus conocimientos del planeta.

Frecuentemente eran recibidos por Ding jefes de distintas especialidades, con el fin de contemplar de cerca e interrogar al

hombre de Fall.

En una de aquellas ocasiones, Curtis fue interrogado por un «terk» verde, o sea comandante de la Flota Aérea Ofensiva.

Es de hacer constar que la organización bélica en Kran era muy extensa, ya que el objetivo de este planeta era la ocupación de todos los mundos cercanos que recibían los rayos de Djon. Las fuerzas aéreas, así como las demás, estaban distribuidas en exploradoras, ofensivas y defensivas, cada cual obrando por separado pero bajo la dirección del Kon-Dad, el cual contaba con un nutrido y selecto grupo de los hombres «rojos» especialistas en las distintas Ciencias. Estos hombres eran realmente los cerebros ejecutores del Kon-Dad. Cada cual controlaba la sección a él encomendada. Por ello, los artefactos utilizados por las Fuerzas Exploradoras eran desconocidos por las restantes y viceversa.

Aquel «terk» verde que interrogó a Curtis dejó en éste una agradable impresión distinta a los demás. Era de vigorosa estatura respecto a sus congéneres, y el rostro -impenetrablemente marmóreo- dejaba traslucir, sin embargo, algo así como un fugaz gesto de simpatía hacia Curtis en determinados momentos.

Se interesó vivamente al saber por éste que había pertenecido a las Fuerzas Aéreas de Fall y le solicitó una explicación de las naves aéreas y sus medios ofensivos. Al comunicarle Curtis los adelantos científicos respecto a la energía atómica, le hizo saber -en un tono totalmente exento de superioridad- que aquellos adelantos eran lentos y burdos comparados a los que poseía Kran, y que la fuente de energía más poderosa provenía de Djon.

No se extendió en más explicaciones, pero Curtis comprendió que Djon eran la fuente de la cual se surtían los kranianos para sus maravillosas aplicaciones de ondas.

Varias veces más recibieron la visita del «terk» verde, cuyo nombre era Verkon. A preguntas de Curtis, Ding le había informado que Verkon pertenecía a una de las más antiguas ramas de Kran, y que incluso uno de sus antepasados fue Kon-Dad. Actualmente

Verkon organizaba la ocupación de Takell, el rojizo planeta conocido por Marte.

—¿Has dicho Takell? —interrogó Curtis, vivamente interesado.

—Takell —repitió Ding—; su atmósfera es similar a la de Fall, si bien menos densa. Está habitado por seres parecidos a vosotros, pero científicamente superiores. Una vez dominado Takell, servirá de plataforma para lanzar los ataques contra Fall.

—¡Cielos! ¿Será posible? —exclamó Curtis, olvidando el lenguaje kraniano.

—No sé lo que has dicho —le atajó Ding, fijando la vista en Curtis y dirigiéndole los «nangs»— pero tu cerebro emite la duda. Comprueba.

En la estancia, además de los lechos, existía una plancha horizontal de la misma desconocida materia transparente tan familiar en Kran, adosada en un espacio de la pared y sobre la que se hallaban algunos aparatos.

Ding hizo señas a Curtis para que se acercara, y, colocando dos de aquellos pequeños aparatos frente a frente, los hizo funcionar.

Ante los admirados ojos de Curtis apareció, en el espacio libre entre ambos aparatos, dos conos de luz blanca cuyas bases, al unirse, formaban como una ampolla en cuyo interior se reflejó, en perfecto relieve y con sus más ligeros detalles, una esfera que Curtis supuso la terráquea. Pero la voz de Ding le sacó de su error.

—Este es Takell. Mira —al decir esto, su blanco dedo señalaba unos espacios azulados de la esfera—; líquido, igual que en tu planeta, y esto otro, sólido con vegetación.

Tras una breve pausa continuó, mientras la esfera giraba lentamente:

—Estos puntos son líquidos condensados —el dedo de Ding señalaba ahora los casquetes polares marcianos—. Y aquí se halla el lugar elegido para que Verkon efectúe el primer ataque con las naves aéreas.

La mancha conocida en la Tierra como la Gran Syrte, iba apareciendo al hablar Ding.

En aquel momento vibró un zumbido en el lugar de la entrada, franqueada por Verkon.

Se acercó a ellos y emitió el breve sonido equivalente al saludo kraniano. A continuación, enfrentó sus «nangs» a los de Ding, y, complementando la conversación con lacónicas frases, le comunicó algo, tras lo cual Ding salió de la habitación, dejando colocados en su lugar los aparatos.

Algo en general cambió en la actitud de Verkon al hallarse a solas con Curtis. Rápidamente comenzó a hablar:

—Le he hecho salir con un pretexto cualquiera —dijo, refiriéndose a Ding—. Hombre de Fall, ¿quieres salir de aquí?

Ante el atónito gesto afirmativo de Curtis, prosiguió:

—Oculta esto —dijo, entregándole precipitadamente un pequeño objeto oblongo que podía ocultarse en el puño cerrado—. Presionando este punto harás brotar el rayo verde paralizante. Obra según tu iniciativa; te creo inteligente. Hallarás a un hombre «verde» en la salida y él te conducirá. Evita por todos los medios fijar la vista en los ojos de Ding. Lo descubriría.

Justamente en aquel instante zumbó la entrada y penetró Ding.

Verkon continuó algún tiempo con ellos dando algunos detalles del ataque proyectado contra Takell. Ding hizo algunas observaciones sobre particularidades comprobadas durante sus vuelos de exploración, y, finalmente, Verkon se despidió de ellos y marchó.

Una sensación de creciente inquietud se apoderó de Curtis al quedar con Ding. Temía que éste en cualquier momento descubriese la idea de su proyectada fuga. Aún conservaba en la mano cerrada el objeto que le entregó Verkon.

Se dirigió lentamente hacia el lecho y quedó sentado en él. Con sumo cuidado intentó ocultar el objeto entre los pliegues del tejido que cubría el lecho, hasta que lo consiguió.

Ding, mientras tanto, distribuía en unos recipientes aquella pasta que les servía de alimento. Ello le hizo pensar a Curtis en que sería conveniente llevar alguna cantidad consigo si conseguía escapar. Últimamente habían agregado a su ración algunos nuevos alimentos que a él le parecieron ser jugos de distintas carnes, los cuales tomaba con agrado, ante la manifiesta repugnancia de Ding. Varios recipientes en forma de cilindros contenían estas sustancias.

Terminada la operación, Ding indicó a Curtis se acercara a consumirlas, mientras él procedía a hacer lo mismo con las suyas. Al aproximarse Curtis, Ding comenzó a hablar:

—Tras descansar quiero que me acompañes para que conozcas las plataformas aéreas del lanzamiento. Están suspendidas a gran altura por una combinación de ondas que las fijan en el aire; desde allí partimos con las naves para nuestras exploraciones. En alguna ocasión me acompañarás.

Curtis evitaba por todos los medios el dirigir la vista hacia Ding. Consumía silenciosamente el alimento sin hacer ninguna observación por temor a que éste pudiese descubrir algo.

Su mente trabajaba mientras tanto con intensidad. Primero habría de desembarazarse de Ding, y luego, arrebatarle el «skron», cuyo manejo conocía algo por haberle visto manipular en él. La salida al exterior iba a resultar extremadamente difícil, con las distintas guardias de «azules» distribuidas por el interior del palacio. Pensó despojarse del calzado que equilibraba la menor fuerza de gravedad de Kran, pero desistió de hacerlo no teniendo aún controlados los efectos que resultarían al hallarse libre de ellos.

Miró disimuladamente hacia Ding, y vio que éste le miraba con atención. El temor de verse descubierto hizo a Curtis terminar de alimentarse rápidamente para dirigirse al lecho.

Ding le atajó a medio camino:

—Hombre de Fall —le dijo—; te encuentro extraño. ¿Acaso estás enfermo? Ese nuevo y repugnante alimento que tanto te agrada está formado por fuertes concentraciones vitales de origen animal, que han

de inundarte de sustancias nocivas el organismo. Te lo suministran así por exigirlo tu estructura.

Curtis notó, más bien que vio, que los «nangs» de su interlocutor estaban dirigidos hacia él. Recordando la advertencia de Verkon, se cubrió los ojos con una mano y murmuró:

—Sí, me encuentro enfermo. Voy a tenderme.

Ya sobre el lecho, su mano buscó disimuladamente el proyector de rayos verdes, y, cuando sus dedos lo apresaron, pareció sentirse más seguro. Ding se había acercado al lecho y le miraba al rostro atentamente.

Inesperadamente, le preguntó:

—¿Por qué rehuyes la mirada?

Curtis se incorporó, quedando sentado. Su índice quedó apoyado en el disparador del proyector. Sintiéndose más dueño de sí mismo, dirigió una rápida mirada a Ding.

—Estoy enfermo —respondió.

Pero adoptó una intensa actitud vigilante sin perder de vista las manos del «terk»; si éstas iniciaban el menor movimiento hacia el «skron», Curtis obraría fulminantemente.

Ding quedaba a la altura que Curtis sentado en el bajo lecho. Se acercó un poco más e intentó mirarle a los ojos.

—No es así, hombre de Fall —le dijo lentamente—. Tienes ideas de fuga, pero no...

Rápido como un rayo, presionó Curtis el resorte, y un haz de luz verde dio en pleno rostro de Ding. El efecto fue sorprendente. Quedó éste rígido, como fulminado por los efectos paralizantes. Su aspecto resultaba altamente ridículo en aquella posición.

Sin detenerse un segundo más, le despojó Curtis del «skron» que se fijó sobre el pecho por medio del cinturón. Se acercó a los recipientes de alimentos, y, sujetándolos con unas tiras enrolladas del tejido que cubría el lecho, se los colocó a manera de mochila.

Después dirigió las ondas del «skron» al mecanismo que accionaba la puerta, la cual descendió dejando franco el paso. Curtis fue acercándose cautamente para atisbar el exterior.

Al final del amplio pasillo, un soldado «azul» permanecía en pie, justamente frente a la rampa descendente que Curtis habría de utilizar. La luz blanca inundaba todo ello en intensa fluorescencia que hacía totalmente imposible poder deslizarse sin ser visto.

Desde el interior de la habitación, descubrió Curtis en la pared frontal del pasillo el mecanismo que Ding le informó anteriormente era el distribuidor de la energía luminosa. Decidió jugarse el todo por el todo. Enfocó sobre él los «rayos iris» del «skron» e hizo funcionar el resorte. Un fugaz e intenso resplandor se produjo instantáneamente, quedando todo el recinto interior del palacio sumido en una impenetrable oscuridad.

Se lanzó al exterior en dirección a la rampa, orientándose por su instinto; mas, antes de llegar a ella, tropezó con el cuerpo del soldado «azul» que se encaminaba hacia el distribuidor. El soldado no tuvo tiempo de darse cuenta con quién se las había. Un fulminante golpe con el puño cerrado que le propinó Curtis, le desplomó con violencia aterradora sin lanzar un suspiro. Al llegar Curtis a la rampa y comenzar a descender entre tinieblas, en las plantas inferiores se veían las finas líneas de luz rosada proyectadas por el «skron» de cada soldado, intentando localizar las causas de lo ocurrido.

Curtis continuó descendiendo con rapidez, aún a riesgo de romperse la crisma; pero necesitaba hallarse próximo a la salida antes de que notasen su fuga o hiciesen funcionar nuevamente la luz.

Atravesó varias plantas sin que los «azules» pudiesen notarlo, ocupados como estaban en atender a la localización de la avería. De esta forma se halló en la amplia rotonda inmediatamente anterior a la puerta de salida, pero el rumor de lacónicas órdenes que allí se oía y la variedad de rayos de luz que danzaban de un lado a otro, le advirtió de lo sumamente peligroso que resultaría aproximarse a ella.

Por verdadera casualidad no fue enfocado por ninguna de las

luces que se entrecruzaban en aquella densa negrura. De pronto, sus oídos percibieron el zumbido característico que producía la puerta antes de abrirse. Fijó la vista en la dirección del zumbido con tal intensidad que los ojos le dolían, intentando descubrir la abertura de ésta una vez quedase abierta. Fue acercándose agazapado y con paso cauteloso, temiendo a cada momento tropezar con algún soldado. En unos segundos, la puerta dejó entrar el reflejo de las avenidas exteriores, al mismo tiempo que varias siluetas empezaron a penetrar por ella. Los blancos destellos de sus trajes indicaban que eran especialistas de las centrales de energías.

En un abrir y cerrar de ojos, se lanzó Curtis como un ariete en dirección a la salida, arrollando varios cuerpos que encontró a su paso. Antes de que pudiesen reaccionar los «azules», ya corría Curtis velozmente alejándose de los lugares iluminados para adentrarse en la zona de sombras. Tras él vibraron los zumbidos de las corazas flotantes que envolvían a quienes iniciaron su persecución.

No pudo hallar ni rastro del hombre «verde» que Verkon anunció le estaría aguardando. Continuó su desesperada huida corriendo por un terreno arenoso y estéril, que hacía extraordinariamente dificultosa la marcha. Iba alejándose, aunque lentamente, de la ciudad.

Al volverse, divisó las iluminadas plataformas aéreas-de lanzamiento cuya luz se difundía por las cúpulas de los redondeados edificios, dando a todo ello una apariencia irreal de ensueño. Bruscamente, de la parte superior de algunos edificios brotaron intensos haces de luz blanca que perforaron las tinieblas de aquella noche eterna, girando como enormes garras luminosas en busca de su presa.

Un verdadero enjambre de soldados «azules» flotantes era iluminado por estas ráfagas de luz. Curtis no podía imaginar con qué maravillosa rapidez habría podido ponerse en movimiento un número tan considerable de perseguidores. Algunas patrullas se dirigían en dirección al lugar en que él se hallaba agazapado.

Una irritación sorda comenzó a apoderarse de Curtis y decidió no

dejarse coger nuevamente con vida. Con la mano sobre el «skron» esperó la llegada de la primera patrulla. Pero ésta, indudablemente, no esperaba hallarse tan próximo al palacio, porque, tomando altura, desvió el vuelo en otra dirección.

Algo como un soplo cruzó a espaldas de Curtis, seguido del sordo rumor de un cuerpo al apoyarse en la arena. Al girar rápidamente, Curtis oyó un susurro:

—Hombre de Fall; Verkon me envía.

Estaba tan próximo a él, que Curtis le tocó al extender el brazo, pero, deslumbrado aún, no pudo distinguir sino los destellos verdosos del traje.

—Estoy dispuesto —replicó.

El desconocido puso en sus manos algo que a Curtis, por el tacto, le pareció un casco flexible para la cabeza.

—Coloca esto en tus ojos. Podrás ver en las tinieblas. ¡Pronto! —apremió el «verde».

Tras cierta dificultad consiguió Curtis acoplarse el casco. Con toda evidencia había pertenecido a uno de aquellos seres de cabeza descomunal y le resultaba enormemente amplio; aún así, quedó sorprendido de su efecto. Ante él pudo distinguir, perfectamente claro, al hombre que le hablaba. Iba equipado con los elementos del soldado «verde»: el «skron» sobre el pecho; colgado del cinturón, el proyectar de rayos verdes y otro artefacto parecido a un revólver terrestre, que Curtis no había visto antes en Kran. Además llevaba la cabeza cubierta por un casco perfectamente ajustado, como el que entregó a Curtis, y que le daba apariencias de piloto de un avión supersónico.

Los haces de luz continuaban escrutando la noche. Aquel hombre comentó:

—Buscan. Creen que has huido por el aire.

Tras una breve ojeada, admirando tal vez la gran estatura de Curtis, que se había incorporado, agregó precipitadamente:

—El «terk» Verkon espera. Utiliza la coraza flotante y coloca las ondas propulsoras al máximo. Sígueme.

Vibró el «skron», y seguido por Curtis, emprendió un veloz vuelo rasante.

Quedó tras ellos la fantástica ciudad fluorescente, mientras iban adentrándose en las densas tinieblas que envolvían el estéril territorio de Kran.

IX

En la vida normal de Kran, el tiempo no tenía prácticamente medida. Pese a que poseían instrumentos de una precisión fuera de toda comprensión para un terrícola, su civilización no había ajustado la vida a medida alguna, salvo las ineludibles exigencias de las necesidades fisiológicas. Eran cerebros-máquinas que solamente reposaban en el preciso momento en que lo necesitaban.

Así pues, Curtis no tenía elemento alguno más que el cálculo aproximado -necesariamente erróneo- para calcular el que tardó en el viaje tras su guía. Además, la endiablada velocidad a que le conducían las ondas propulsoras puestas al máximo, retenía intensamente su atención.

El soldado «verde» que le precedía, al cabo giró hacia la derecha adentrándose entre unos montículos arenosos. Al seguirle por el mismo camino, descubrió Curtis leves vestigios de vegetación raquítica y de color grisáceo; pero a medida que avanzaban, ésta se espesaba más hasta convertirse en una especie de bosquecillo, que, sin dejar de estar compuesto por vegetación enana, no por ello dejaba de ser tupido.

A la vista de una serie de construcciones metálicas, semejantes a los «igloos» de los esquimales, descendieron hasta quedar apoyados en tierra, libres de las corazas. El soldado «verde» emitió con la garganta una modulación y al instante apareció otro «verde» por entre los arbustos.

Ambos cambiaron algunas palabras que Curtis no pudo oír, y se encaminaron hacia las edificaciones, tras indicarle que les siguiera.

Curtis pudo darse cuenta de que aquellas extrañas casas estaban situadas rodeando un vasto espacio circular, en cuyo centro se hallaban inclinadas -formando ángulos de cuarenta y cinco grados- plataformas alargadas ligeramente, algo así como si un cilindro hueco hubiese sido cortado en dos mitades horizontales.

Se detuvieron sus acompañantes ante una de las construcciones, que ostentaba un dibujo elíptico hecho con una materia de brillo fosforescente. Se oyó el característico zumbido vibratorio de la puerta al abrirse, la cual dejó salir por su abertura la blanca iluminación del interior. El «terk» Verkon apareció a la entrada.

En silencio, hizo pasar a Curtis al interior, y éste hubo de inclinarse para hacerlo, mientras los soldados se retiraban.

Se despojó Curtis del casco flexible y giró su vista por la estancia. Era ésta amplia y circular -forma habitual en Kran- y por todo mobiliario aparecían el lecho y la plataforma adosada a la pared, repleta de instrumentos desconocidos para Curtis.

Verkon le indicó el lecho para que tomase asiento, quedando así a la misma altura que él, y, tras una ligera pausa en que pareció recapacitar, dijo:

—Este lugar es el último en que te buscarán, hombre de Fall. Te he hecho traer aquí para trasladarte a tu mundo. Es necesario que estén preparados para cuando ataque Kran. Hombres como yo, contrarios a secundar al Kon-Dad en sus crueles propósitos de dominación de otros mundos, estamos confabulados para que fracasen sus planes, que, por otra parte, no salvarían a Kran de la destrucción.

Tras estas palabras quedó mirando fijamente a Curtis, al par que dirigía hacia él sus «nangs». Satisfecho del examen, continuó:

—Descubro en ti una sensación de aprobación. Existe un cuerpo resistente a los efectos destructores del «rayo iris». Es éste —al decir

lo cual, se acercó a la repisa y entregó a Curtis una pequeña plancha de metal blanco y ligero—. Consérvalo; los hombres de Takell lo utilizan para defenderse de nuestros rayos mortíferos. También existe un arma mortal para los kranianos, a los que produce horrendas quemaduras. Se encuentra este rayo entre los que despide Djon, y son de vibraciones inaudibles y ondas invisibles. Tus científicos sabrán descubrirlo.

Curtis escuchaba atónito las explicaciones de Verkon. Le parecía ser presa de una atroz pesadilla de la que no despertaba nunca. Sin poder evitarlo, interrumpió al «terk»:

—¿Y por qué me dices todo esto?

—Porque ya lo he hecho con otro hombre de Takell a quien apresaron y yo liberté. Y porque vamos a intentar eliminar al Kon-Dad pero podemos fracasar. Una vez llegues a tu mundo, comunícalo a los científicos. Deseamos ser amigos; intercambiar conocimientos, no destruirnos. Puedes conservar el «skron» y esto otro.

Le entregó una pequeña plataforma proyectora de cuyo manejo ya tenía noticias Curtis por Ding, el cual le había informado que se utilizaba en la educación de los jóvenes kranianos para hacerles conocer el movimiento planetario.

—Ahora —prosiguió Verkon—, si estás dispuesto, emprenderemos la marcha hacia el satélite Min, a través del túnel de ondas que le une a Kran y cuya vigilancia me está encomendada.

—Verkon —no pudo Curtis evitar satisfacer su curiosidad—, ¿no existen mujeres en Kran?

Un melodioso y corto sonido brotó de la boca de Verkon al escuchar la pregunta. Tal vez fuese equivalente a una risita en aquellos blancos hijos del planeta en sombras.

—Sí; existen. Sólo que están recluidas en el satélite Psul, el mayor de todos. Los hombres encargados de su vigilancia ostentan el color negro.

Tras esta explicación, Verkon solicitó le entregase el proyector de

rayos verdes, y, colocándose ambos el casco, salieron a la oscuridad de la noche kraniana.

Cerca de las plataformas, unos cuantos soldados «verdes» montaban vigilancia. Al llegar Verkon y Curtis se apartaron respetuosamente, emitiendo el saludo habitual.

—Todos son fieles a su «terk» —le aclaró Verkon—. Los kranianos no son belicosos. Sólo dirigidos por un Kon-Dad como el que tenemos se convierten en seres peligrosos, influidos por su crueldad.

Sobre una de las plataformas había apoyado un aparato de forma elíptica, cuya parte superior, transparente, parecía cubrir el lugar destinado a quien lo pilotara.

Verkon dirigió un rayo de su «skron» hacia un punto de aquella cubierta, y ésta se deslizó silenciosamente hacía atrás. Penetraron en el extraño proyectil, y, al tomar asiento en él, la cubierta quedó cerrada herméticamente. La atmósfera interior, sin embargo, continuó siendo igual. Posiblemente tendría regeneradores internos que así la mantenían.

El asiento ocupado por Curtis, tras el de Verkon, resultaba algo angosto para su talla, pero al fin quedó acomodado en él tras haberse desprendido los recipientes que contenían la materia alimenticia. Verkon pulsó un resorte y el interior quedó alumbrado por una leve fluorescencia. Verkon hizo una rápida señal a uno de los soldados «verdes» que se hallaba en el exterior y éste accionó una placa giratoria situada junto a la plataforma.

—Ha dejado libre el túnel de ondas —le informó Verkon.

Antes de que Curtis pudiese darse cuenta de cómo ocurrió, se halló en el aire sin haber notado sacudida alguna. Tampoco pudo hacerse una idea de la velocidad del vehículo, pues, aún disponiendo del casco espectroscópico dotado de ondas para ver en la oscuridad, solo podía distinguir el leve resplandor procedente sin duda de la lejana ciudad.

El sueño comenzó a invadirle de una forma insuperable. La ligerísima vibración del aparato incrementó aún más la sensación de calma, y al fin, insensiblemente, sucumbió Curtis a sus efectos, durmiéndose plácidamente a no sabía cuantos miles de millas de la Tierra, perdido en los espacios siderales.

X

Con una molesta sensación en el rostro, despertó Curtis, y, al abrir los párpados, quedó cegado por una violenta claridad que le obligó a cerrarlos nuevamente. Se despojó del casco y volvió a mirar. Entonces comenzó a darse cuenta de la situación.

El aparato había traspasado la zona de sombras, y la luz que ahora percibía era la del Sol, cuya esfera incandescente pudo distinguir mucho más pequeña que vista desde la Tierra. La esfera terrestre mostraba en aquellos momentos una franja dentada iluminada como la Luna en cuarto creciente. Otros asteroides de pequeño tamaño podían verse en todos sus detalles, tan cercanos, que produjeron en Curtis una desagradable impresión de peligrosa proximidad.

La luz del Sol era recibida por la izquierda de ellos, pero desviando la mirada hacia la derecha Curtis sufrió un sobresalto al notar que un planeta de enormes proporciones parecía precipitarse sobre ellos, siendo por el contrario, que ellos eran atraídos por la fuerza de gravedad. Podían distinguirse en él, perfectamente, las manchas verdes de la vegetación y las extensiones azuladas cubiertas de agua. Ligeras masas de nubes flotaban en su atmósfera.

En aquel momento, Verkon se volvió ligeramente y le dijo:

—Nos aproximamos a Min. ¿Estás bien?

Curtis contestó afirmativamente. Verkon llevaba la cabeza y manos cubiertas por un capuchón y guantes de un tejido metálico intensamente negro, que no dejaba al descubierto ninguna parte de su epidermis. Una estrecha franja amarilla cruzaba horizontalmente el capuchón a la altura de los ojos. Seguramente -pensó Curtis- ese

tejido le preservaría de los efectos de aquel rayo mortífero que venía mezclado a la luz del Sol, como ya le advirtió anteriormente Verkon.

Sintió apetito, y apoderándose de uno de los recipientes, consumió parte de su contenido. Al terminar de hacerlo y mirar nuevamente en dirección a Min, creyó llegado su último momento. El proyectil se lanzaba en picado a una velocidad de vértigo hacia un grupo de plataformas, semejantes a las de Kran.

No pudo evitar cerrar los ojos, esperando el fulminante choque, pero la tranquila voz de Verkon le volvió a la realidad.

—Hemos llegado —le dijo.

Descendieron de la nave aérea y se vieron rodeados por algunos soldados «verdes» -cubiertos con capuchones y guantes negros- los cuales saludaron a Verkon con deferencia. Éste ordenó a uno de ellos trasladase los bártulos de Curtis a la base-mando.

El terreno que pudo ver Curtis tenía gran semejanza con el terrestre. Solo la vegetación tenía la particularidad de extenderse en sentido horizontal y no vertical, cubriendo casi todo el espacio que él podía distinguir.

Verkon encaminó los pasos hacia una de las edificaciones que rodeaban el campo. Al hacerlo, Curtis se admiró al verle caminar a grandes zancadas que muy pronto le alejaron. Intentó seguirle, y, entonces, él mismo salió lanzado hacia el aire, yendo a caer blandamente una yarda delante de Verkon.

Los soldados «verdes» quedaron inmóviles mirándole, y si los kranianos hubiesen sido seres capaces de demostrar asombro por algo, es indudable que el salto de Curtis les hubiera inducido a ello.

Verkon llegó cerca de Curtis, e inclinándose, hizo girar un círculo sobresaliente en la parte exterior del calzado de éste.

—Olvidé graduar tus ondas imantadas. El volumen de Kran es dos veces mayor que el de Min, y por tanto, la fuerza de atracción de éste es infinitamente menor.

Así fue cómo supo Curtis que el calzado llevado por él podía ser

despojado de las ondas imantadas con sólo jugar el resorte.

Continuaron la marcha hasta llegar junto a la entrada de un pasillo subterráneo en el que penetraron descendiendo por una suave rampa. El interior, alumbrado por luz blanca, era recto y larguísimo. Una vez en él, Verkon accionó el «skron» y quedó envuelto por la coraza flotante. Curtis le imitó y emprendieron un vuelo rasante moderado, que les trasladó rápidamente al extremo del túnel.

Cuando salieron al exterior, Verkon señaló un punto lejano en la gran extensión cubierta por la alfombra vegetal.

—La gran ciudad de Min. Vamos hacia ella.

Entonces Curtis, que suponía haber visto suficientes maravillas en Kran como para no admirarse, quedó pasmado al contemplar la lejana ciudad.

Perdiéndose de vista en el horizonte, innumerables plataformas aéreas cubrían el espacio, dando la impresión de un enjambre de gigantes abejas. La ciudad, situada bajo tan formidable defensa, estaba formada por una inmensa aglomeración de edificios en forma de casquetes esféricos, que lanzaban verdes reflejos al dar en ellos los rayos solares.

Sobresalía de ella una serie de arcos o puentes de extraordinarias dimensiones, unidos entre sí por zigzagueantes caminos aéreos, formando el conjunto como una monstruosa cúpula enrejada que envolviera a la ciudad.

A gran altura, Curtis distinguió numerosas naves aéreas que, adoptando formaciones de media luna, llegaban hasta la perpendicular de la ciudad, para girar luego, perdiéndose en la lejanía.

—Ésta es la concentración de la Flota Aérea Ofensiva. Aquí se reciben las órdenes de Kran para efectuar los ataques a otros planetas. Todo Min sirve de base a estas naves, cuyo mando ostento.

Curtis no replicó, pero admiró en su fuero interno al «terk» Verkon, el hombre capaz de dirigir aquella potente fuerza aérea.

—Cada nave-piloto —agregó Verkon— dispone de «stel»[1], las

cuales dirige por ondas hacia los objetivos marcados. Un solo piloto kraniano puede dirigir diez naves a distancia, o el doble si fuera necesario. En esto, Kran aventaja a Takell.

«Diablo, pensó Curtis. ¿Qué otra fuerza aérea sería capaz de enfrentarse a esta terrible máquina de guerra?»

—Antes de llegar a la ciudad, quiero advertirte. Todos los mandos «verdes» son fieles a su «terk», es decir, están dispuestos a secundarme en el golpe que proyecto para eliminar al Kon-Dad. Existe, sin embargo, un hombre del que no me fío en absoluto. Resérvate ante él. Si te pregunta, le dices que has sido enviado por el Kon-Dad bajo mi custodia. Evita que fije su vista en tus ojos. Su nombre es Dikor. Y ahora en marcha.

Emprendieron el vuelo en dirección a la ciudad a la que llegaron al poco tiempo.

Los grandes puentes la rodeaban en toda su periferia, y distintos grupos de soldados «verdes» volaban a su alrededor, vigilantes.

Al ser reconocido Verkon le fue franqueado el paso en unión de Curtis, y ambos penetraron en el recinto de la ciudad, haciendo cesar las ondas de la coraza flotante.

Los edificios se alineaban profusamente, formando amplias avenidas por las que circulaban a pie soldados «verdes» y habitantes de Min, de talla aún menor que la de los kranianos y tez cobriza. Estos últimos no iban dotados de ninguno de los instrumentos conocidos por Curtis. Cubrían el cuerpo con el tejido metálico habitual de color anaranjado, sujeto por un cinturón de materia transparente.

Por sobre la cabeza de Curtis, a una regular altura, anchas pistas aéreas se entrecruzaban por toda la extensión de la ciudad. Eran pistas bordeadas por una especie de sólido reborde, el cual, espaciadamente, presentaba orificios de salida frente a rampas que conducían hasta el piso inferior.

Verkon le informó que eran las pistas destinadas a los vehículos. Cada una de ellas estaba regida desde las centrales de energía por

una distinta clase de ondas más o menos veloces. Los vehículos se trasladaban suspendidos a escasas pulgadas de la pista, a mayor o menor velocidad según la pista elegida, no teniendo el conductor otro control del vehículo que la dirección, la puesta en marcha y el freno. Resultaba casi descartado el accidente ante la imposibilidad de adelantar un vehículo a otro en la misma pista, ni poder detenerse en otro lugar que no fuera el señalado para la salida. Además, cada vehículo iba dotado de una aureola de ondas amortiguadoras que evitaban el roce de unos con otros. Las ondas de cada pista seguían dirección única.

Estos medios de locomoción eran utilizados solamente por los habitantes de Min, los cuales no gozaban de las ventajas del «skron».

Curtis fue guiado por Verkon a través de anchas calles y bien cuidados jardines, de originales y sencillos trazados, en los que la extraordinaria variedad de maravillosas y minúsculas flores hubiera hecho las delicias de cualquier botánico.

Al llegar ante un edificio que ostentaba dos círculos enlazados, trazados con una pintura brillante como metal pulido, Verkon se detuvo.

—Ésta es la base-mando de las Fuerzas Ofensivas.

La puerta quedó franqueada a la influencia de las ondas enviadas por Verkon, y Curtis se halló en el interior, semejante al palacio del Kon-Dad. Soldados «verdes» se veían por todas las plantas del edificio, ascendiendo y descendiendo por distintas rampas en espiral. Aquella edificación difería de las conocidas por Curtis en que estaba dotada de puertas en todo su alrededor, como pudo comprobar ante la incesante utilización de éstas por los soldados.

Ascendieron la suave rampa que les condujo al primer piso. En aquella enorme plataforma se hallaban varios soldados que lanzaron atentas miradas a Curtis. Todo el recinto estaba iluminado por la fluorescente luz blanca, y los kranianos, en el interior, se hallaban despojados del capuchón y guantes que les preservaba de los rayos de Djon.

Uno de aquellos soldados se adelantó al encuentro de Verkon. Éste musitó imperceptiblemente a Curtis:

—Dikor.

El recién llegado emitió el saludo kraniano dirigido a Verkon, con el que sostuvo una breve conversación utilizando los «nangs». Curtis se retiró cortésmente unos pasos y pudo contemplar detenidamente a Dikor.

En general el aspecto de los kranianos no resultaba agradable para un terrícola, pero en Dikor, además, causaba una sensación de repugnancia por su acusado aire de astucia y maldad. Las aberturas de los párpados -horizontales en los kranianos- adquirían en Dikor una pronunciada inclinación ascendente que, unido al rostro aquilino y al brillo siniestro de sus pupilas de noctámbulo, le daban apariencias de ente demoníaco, a las que presentaban mayor realidad los movibles «nangs».

Todo ello lo observó Curtis, y en su interior se prometió no descuidarse con aquel hombre que debía ser altamente peligroso.

Al terminar la conversación con Verkon, se volvió Dikor hacia Curtis y le habló:

—Hombre de Fall; el «terk» Verkon me ha hablado muy favorablemente de ti. Estoy a las órdenes del «terk», pero además soy su amigo. Puedes contar conmigo para cuanto desees.

Curtis le agradeció el ofrecimiento; después, precedido por Verkon, ambos penetraron en la habitación de «terk», seguidos por la fija y enigmática mirada de Dikor.

Verkon indicó a Curtis tomase asiento para poder hablar con él más cómodamente. Hubo unos momentos de silencio mientras Curtis examinaba maravillado los distintos instrumentos de que estaba dotado aquel lugar.

Ocupando aproximadamente la cuarta parte de la pared circular, se veía una gran pantalla de blancura nívea. Un gran cuadro de mando, poblado de infinidad de resortes coloreados, estaba situado

ante ella. Otros raros y extraños artefactos se hallaban sobre la repisa que rodeaba el resto de la habitación.

Verkon rompió el silencio para decir:

—Cuando Djon deje de enviarnos sus rayos, partirás con un oficial de mi más completa confianza, el cual te trasladará a Fall. Una vez allí, comunicarás a los científicos de tu mundo lo que sabes de Kran y los proyectos del Kon-Dad.

Curtis asintió en silencio, interesado por el giro que tomaba aquella extraña aventura. Verkon prosiguió:

—Llevarás, como prueba de lo que digas, el «skron» y el pequeño proyector que te entregué, los cuales están ahí —señaló hacia el lugar que ocupaban en la repisa—; además, mostrarás el trozo de metal blanco, desconocido en Kran, que usan los hombres de Takell para defenderse de nuestros «rayos iris». Un grupo de hombres que no deseamos la guerra con otros mundos vamos a rebelarnos contra el Kon-Dad. Podemos triunfar, pero también podemos morir o caer prisioneros, aunque sería preferible lo primero que lo segundo.

Por unos segundos quedó Verkon silencioso, tal vez pensando en las probabilidades de lo dicho. A continuación, se acercó aún más a Curtis, y, apoyando su blanca mano derecha sobre un hombro de éste, agregó:

—Presta mucha atención, hombre de Fall. En el mismo lugar de tu mundo en que te deje el oficial, iremos a recogerte caso de triunfar. Un científico puede acompañarte a Kran y le mostraremos nuestra técnica. Recuerda bien: sólo en el lugar en que te dejen serás recogido, y en el momento en que Djon sea ocultado a los hombres de Fall por otro planeta. Antes serás avisado por tres mensajes de ondas flotantes que serán recogidas por tu «skron». El tercer mensaje será enviado al cruzar la atmósfera superior de Fall. Recuérdalo.

Curtis intentó dejar grabados en su mente cada uno de aquellos detalles. Buscó si conservaba prendido al cinturón el pequeño trozo de metal blanco que Verkon le entregó, y sólo al comprobar que aún lo conservaba, replicó al «terk».

—«Terk» Verkon: después de lo que has dicho queda poco por decir. Estés donde estés en el Universo, siempre guardaré hacia ti el afecto de un hermano. En mi mundo existe una frase y una acción que, aunque no las puedas comprender, equivalen a un juramento de por vida entre los hombres. La frase es: Por mi honor, amigo; y la acción, ésta.

Al decir lo cual, Curtis extendió la diestra buscando la de Verkon y la estrechó, sin la firmeza que hubiera deseado, por temor a causarle daño. Aquella vez notó la frialdad epidérmica de los hijos de Kran.

Verkon emitió un leve sonido y en sus ojos brilló un segundo el reflejo de una emoción desconocida. Apretó fuertemente la mano de Curtis y dijo a su vez:

—Por mi honor, amigo de Fall.

Pasada aquella emocionante escena entre hombres de distintos planetas, Verkon pareció tomar nuevamente la iniciativa.

—Debes tomar «concentraciones vitales» antes de la marcha. Mientras lo haces, comunicaré el proyecto a Zein, el oficial que habrá de conducirte.

Pulsó un resorte del cuadro de mandos, y mientras Curtis procedía a ingerir buena parte del alimento, penetró un oficial «verde» en la habitación.

Verkon cambió con él unas palabras, transmitiéndole simultáneamente su plan. Varias veces dirigió el oficial la vista hacia Curtis, pero éste parecía no tener de momento otro motivo de atención que vaciar los recipientes para hallarse en condiciones de emprender aquel emocionante viaje.

XI

Apenas había terminado Verkon de comunicar sus proyectos a Zein, y cuando éste se disponía a salir para ponerlos en ejecución y preparar lo necesario, la habitación quedó sumida en una impenetrable oscuridad.

Instantáneamente brotó de un pequeño aparato una serie de ondas luminosas de color azul, que se expandían de igual forma que las ondas producidas al caer una piedra en las tranquilas aguas de un estanque.

—Kran va a ser atacado —dijo Verkon rápidamente.

Se acercó al cuadro de mandos y Curtis le vio manipular en él. Una luz azul clara iluminó la habitación, al mismo tiempo que la gran pantalla que se hallaba en la pared pareció recibir por su parte posterior una intensa luz blanca. Nuevamente pulsó Verkon algo en el cuadro, y Curtis creyó estar contemplando la ciudad a través de un inmenso ventanal.

La pantalla reflejaba con toda limpidez la ciudad que momentos antes había atravesado junto a Verkon. Ahora la noche se cernía sobre ella. Se veía una agitación extraordinaria en sus calles iluminadas. Nutridos grupos de soldados «verdes» se dirigían raudamente en distintas direcciones, utilizando las corazas flotantes de sus «skrons».

Interesado con aquel alarde fantástico de televisión, Curtis no reparó en varios oficiales «verdes» que habían entrado y que se hallaban esperando órdenes de su «terk». Entre éstos se hallaba Dikor.

Se volvió Verkon con un aplomo y seguridad que asombró a Curtis, y como quien expone una lección muy sabida, dictó rápidas y lacónicas órdenes. Los oficiales fueron saliendo sucesivamente, a medida que Verkon les comunicaba su cometido.

En estos casos, las frases sueltas debían responder a una especie de clave, pues Curtis no pudo entender su significado.

Dikor quedó en último lugar, no saliendo hasta que lo hizo acompañado por Zein.

Al hallarse solos, Verkon se dirigió a Curtis y le hizo señas de que se aproximara al cuadro de mandos frente al que él se hallaba.

—Kran está siendo atacado. Seguramente por la flota de Takell,

que ahora se halla más cercano.

—Pero —inquirió Curtis—, ¿no toma vuestra Flota parte en la lucha?

—¿Tomar parte? —preguntó a su vez Verkon—. ¡Ah! Olvidaba que no eres kraniano. Cuando Kran es atacado, o algún otro satélite, solo actúan las Fuerzas de Defensa; ellas controlan los elementos defensivos. Sólo si Kran se decide también a atacar es cuando nosotros entramos en acción.

Curtis no acababa de comprender exactamente este punto de vista, pero como aquello parecía responder a un perfecto plan preconcebido, no le quedó otra solución que distraerse en la contemplación de la pantalla.

Sobre los puentes aéreos y los pasos que los unían, se veían llegar continuamente patrullas volantes que iban situándose junto a grandes aparatos de distintas y extrañas formas, que se hallaban emplazados en los lugares estratégicos. Aquellos soldados no eran «verdes»; sus trajes lanzaban los reflejos amarillentos de las Fuerzas Defensivas.

Las plataformas aéreas de lanzamiento solo podían distinguirse por los vagos destellos que recibían de la ciudad, pues su propia iluminación había sido apagada.

A pesar de que en la habitación sólo se hablaban Verkon y Curtis, parecía respirarse en ella el tenso ambiente de espera que debía latir en el exterior. El tiempo transcurría para Curtis en la desesperante incertidumbre de no poder medirlo. Largas horas le parecía que habían transcurrido desde que salieron los oficiales.

Al fin, Verkon le habló, sin dejar de vigilar la pantalla:

—Los hombres de Takell son belicosos. Liberté a un prisionero y le encomendé un mensaje para sus científicos, igual al que te he encomendado. Ésta es su respuesta.

Bruscamente, como un inmenso sol que apareciera tras la ciudad, todo el contorno de ésta quedó envuelto en una intensa luz azulada.

Resultaba sobrecogedor el espectáculo de aquella enorme envoltura lumínica que parecía rodearla.

—La retina de los hombres de Takell no puede resistir la onda azul, ni aún con los cascos espectroscópicos —aclaró Verkon.

Jamás Curtis había asistido a una proyección más fantástica y escalofriante que la seguida a continuación.

De los puentes aéreos brotaron formidables haces de luz blanca que se unían en el espacio, in una tan completa armonía, que formaba en su conjunto un perfecto y descomunal foco que horadaba las tinieblas.

Pequeñísimos puntos luminosos se acercaban raudamente en dirección a la ciudad. Verkon los mostró a Curtis.

—La Flota de Takell. Ha sido rechazada por Kran e intentará destruirnos algunas instalaciones.

Durante sus años de piloto, Curtis había sido protagonista en algunos bombardeos masivos de la aviación, pero no pudo evitar cierta sonrisa burlona al compararlos con aquella flota que se acercaba.

Formaciones de aquellos brillantes aparatos cuya forma aún no podía distinguir, se multiplicaban de forma tan prodigiosa que todo el espacio visible estaba cubierto por ellas. Grupos de casi un centenar de aparatos cada uno, adoptaban la forma de media luna, para a su vez estas medias lunas formar un gigantesco triángulo. Le seguían tantas formaciones similares que Curtis se veía imposibilitado de contarlas, excitado por la proximidad del combate que se anunciaba.

No bien la vanguardia de la formación enemiga se halló a una distancia en que las potentes armas de uno y otro bando podían entrar en acción, se formalizó la batalla.

De los puentes aéreos de Min brotaron los abanicos de los «rayos iris» de largo alcance. Evidentemente, la Flota aérea enemiga conocía el efecto destructor de esta terrible arma, y abrió sus formaciones. El primer triángulo de aparatos entró en la zona de más potencia

luminosa, y, entonces Curtis pudo examinarlos a su placer.

La parte baja de estos aparatos, que era la iluminada por los focos, aparecía totalmente recubierta de un metal blanco brillante. El cuerpo central era alargado, en forma de torpedo, y dos alas semicirculares cubrían este cuerpo central desde la punta a la cola, dándole semejanza con una monstruosa mariposa. Algunos de aquellos artefactos, enfocados por los «rayos iris», parecían no sufrir sus efectos, pero otra gran cantidad de ellos se abrían en el aire con un terrible resplandor de magnesio incendiado.

La primera oleada enemiga lanzó ráfagas intermitentes de unos tenues resplandores dorados, cuyos efectos fueron mortales para los kranianos ocupantes de los puentes aéreos. Caían en gran número, como vivientes antorchas arrojadas por manos invisibles. Otros soldados «amarillos» cruzaban el espacio para ocupar los puestos dejados vacantes por los caídos. Algunos puentes aéreos estallaban en doradas llamaradas al contacto con estos rayos.

Aquella batalla, sin explosiones ni sonidos, observada por Curtis desde la cerrada habitación, tenía la irresistible y maléfica atracción de un espantoso sueño.

No podía explicarse Curtis la impasibilidad de Verkon, teniendo a su mando aquella potente escuadra aérea. Las fuerzas defensivas estaban ejerciendo una labor destructora en la flota atacante, pues aunque los soldados «amarillos» sufrían grandes bajas, las explosiones de aparatos enemigos en el espacio se sucedían con fantasmagórica frecuencia.

Verkon se volvió en aquel momento hacia Curtis y le mostró un punto del cuadro de mandos.

Al acercarse para observarlo, Curtis vio pasar una ondulante y luminosa línea roja por una estrecha abertura que el aparato tenía practicada.

—Me ordenan atacar. Ha llegado el momento.

Y Curtis asistió, sobrecogido y admirado, a la más impresionante

y estremecedora batalla aérea que hubiese nunca podido contemplar ningún terrícola.

La actitud de Verkon cambió súbitamente al recibir la orden. El pequeño «terk» se agigantó a los ojos de Curtis cuando empezó a manipular en el cuadro de mandos, lanzando rápidas palabras.

Sobre la gran pantalla contempló Curtis los efectos de las órdenes de Verkon. Las innumerables plataformas aéreas se iluminaron por la parte superior con un resplandor azul en forma de aureola, y, simultáneamente, comenzaron a brotar de ellas, como saetas luminosas y velocísimas, una cantidad imposible de calcular de naves kranianas, solo visibles por la ligera estela verde que trazaban en el espacio. El fuego de las aeronaves marcianas se dirigía ahora hacia las plataformas, en algunas de las cuales causaron terribles destrozos, acompañados por explosiones doradas que iluminaban la noche con surtidores brillantes de oro líquido.

Sin embargo, cuando la última formación triangular marciana efectuó el ataque, la inmensa escuadra intentó emprender la retirada; pero entonces se vio envuelta por las Fuerzas Ofensivas de Kran.

Cada uno de los lados de los triángulos formados por las naves aéreas marcianas fue envuelto por los aparatos enemigos, que formaban alrededor de cada uno de estos lados un a manera de gigantesco muelle giratorio que los envolvía en su fuego destructor. El efecto de los «rayos iris» proyectados por los artefactos kranianos no producía el fulminante efecto que era de esperar, por hallarse las otras naves acorazadas contra ellos por aquel metal blanco de que Curtis poseía un trozo, pero explotaban gran cantidad de ellos en el espacio, alcanzados en puntos vulnerables que debían tener.

La ansiedad por el resultado de aquella alucinante lucha hizo a Curtis olvidarse casi por completo de la presencia de Verkon, pero la voz de éste le sacó de su abstracción.

—Creo que la batalla está decidida. La escuadra marciana será destruida por los rayos de los aparatos controlados por ondas dirigidas.

—¿Ondas dirigidas? —preguntó Curtis, estupefacto, sin perder de vista la pantalla—. Entonces, ¿no van pilotados por seres vivos?

—Naturalmente que no —replicó Verkon—; no habría pilotos suficientes. Aquella formación —el dedo de Verkon señaló hacia un lejano punto donde se veía un numeroso grupo de puntitos luminosos alejados del lugar en que se desarrollaba la batalla— es la que tripulan Dikor y sus oficiales. Cada uno de ellos controla desde su nave los aparatos que rodean a cada formación enemiga.

El combate aéreo continuaba en medio de sucesivas y escalofriantes lumbraradas. La primera formación marciana se hallaba prácticamente destruida; ahora, los aparatos que la rodeaban concentraban sus rayos en las escasas aeronaves que aún resistían. Se formó alrededor de ellas un diabólico remolino de centellas verdosas girando vertiginosamente, dando la impresión de una ruleta luminosa cuyos ejes fueran los «rayos iris». Sucesivos fogonazos indicaron el exterminio de la primera formación marciana.

—Ése es Dikor —comentó Verkon—. Es, indudablemente, el más temible y eficiente estratega de la Flota Ofensiva.

Los demás aparatos kranianos, si bien sufriendo pérdidas notables, eliminaban lenta pero inexorablemente al enemigo. Éste, tras intentar diversas maniobras para evadirse de las tenazas en que se hallaba aprisionado optó, finalmente, por disgregarse cada cual por un lado. Aún así fueron perseguidos inflexiblemente por las saetas luminosas, y muchos de ellos sucumbieron a los «rayos iris» antes de que el resto sólo fuesen puntos apenas visibles en las tinieblas nocturnas.

Verkon dictó órdenes nuevamente, y la escuadra kraniana, reagrupándose se dirigió en rápido vuelo hacia las plataformas aéreas para ocupar sus puestos.

A pesar de la violencia de la lucha, Curtis creyó que todo ello había transcurrido en sólo unos segundos. Aún herían sus retinas las explosiones luminosas que había contemplado, cuando Verkon hizo cesar el mecanismo de la pantalla proyectora. La luz azul que

iluminaba la estancia fue reemplazada por la fluorescencia blanca, mientras Verkon operaba en su «skron» comunicando a Kran que los restos de la escuadra atacante había emprendido la retirada.

Al terminar de hacerlo, habló a Curtis:

—Esto les hará ser más prudentes. Pero proyectarán otro ataque de mayor envergadura. El temor que sienten les hará ser temerarios.

«¡Otro ataque de mayor envergadura! Dios mío, ¿de qué fuerzas aéreas disponían aquellos diabólicos seres?, pensó Curtis. ¿Qué confianza tenían los kranianos en sus medios defensivos, para exponerlo Verkon con aquella indiferencia?»

Antes de que Curtis pudiese formular a Verkon pregunta alguna a este respecto, la entrada quedó abierta y franqueada por un grupo de oficiales «verdes». Todos ellos llevaban las cabezas cubiertas por el capuchón negro espectroscópico, que en esta ocasión iba provisto, en el lugar de los ojos, de unos anteojos sobresalientes parecidos a prismáticos.

Al despojarse de estas prendas, Curtis vio a Dikor capitaneando al grupo, pero no pudo descubrir a Zein, el oficial encargado de llevarle a la Tierra.

Si Verkon notó esta falta, no hizo la menor indicación que lo denotara. Esperó, impasible, a que Dikor comenzara a hablar.

Éste se dirigió al «terk» sin utilizar para ello los «nangs»:

—Fueron eliminados los oficiales Tar, Zein y Stran. Sus naves sin piloto pudieron ser controladas por los restantes. Hemos sufrido pérdidas de un tercio de las naves dirigidas que intervinieron.

Nada más. Ni un comentario más sobre aquella infrahumana proeza. Es decir que sólo tres hombres de la Flota Ofensiva habían caído en aquel espeluznante aquelarre.

Curtis no salía de su asombro. No pensó, ni por un instante, que entre aquellos oficiales desaparecidos se encontraba el hombre en quien Verkon había confiado para su traslado. Pero a éste, con toda seguridad, no le pasó desapercibido este detalle, porque antes de que

los oficiales salieran, dijo:

—Quédate, Zeat.

Uno de los oficiales quedó en la habitación. Dikor volvió la cabeza al oír la voz de Verkon. Fue sólo un segundo, pero Curtis descubrió en las rasgadas pupilas del kraniano el brillo satánico del asesino.

Cuando sólo quedaron los tres, Verkon se aproximó al llamado Zeat, y colocándole una mano sobre el hombro, le dijo:

—Necesito lleves a este hombre a Fall. Señalarás exactamente el lugar en que lo dejes para que no exista el menor error si llega el caso de volver a recogerlo; buscarás para ello un lugar desierto pero no lejano de núcleos habitados.

Curtis observaba el rostro de Zeat, por si descubría algún gesto de asombro o vacilación; pero era muy difícil, sino imposible, descubrir el menor rastro de emoción en aquellos rostros marmóreos. Las órdenes de su «terk» eran obedecidas ciegamente por estos soldados.

—Ahora bien —continuó Verkon—; saldrás lo menos visiblemente posible y dejarás dispuesta la marcha con una de las más veloces astronaves en la plataforma más elevada de tu grupo. Regresarás luego por el hombre de Fall y permaneceréis en el interior del aparato hasta recibir mis órdenes de marcha. A tu regreso no llegues a Min; el satélite Djavar será más seguro.

Sin hacer ninguna observación, se disponía Zeat a poner en ejecución las órdenes del «terk», cuando éste le detuvo aún para hablarle:

—Zeat —la mirada de Verkon brillaba extrañamente—; si es descubierto este intento habrás de afrontarlo como cosa tuya. No podemos exponer a un fracaso prematuro nuestros planes contra el Kon-Dad. Si tienes reparos que oponer, puedes exponerlos.

Zeat no respondió; extendió el brazo izquierdo al frente, y describió con él un corto giro hacia la izquierda.

Por la forma solemne en que lo hizo, no necesitó Curtis de

explicación para saber que aquel movimiento equivalía a un juramento.

Tan pronto salió el oficial, Verkon procedió a dirigir un rayo del «skron» hacia el mecanismo de la puerta para evitar que fuese abierta desde el exterior. Después, procedió a ayudar a Curtis en la colocación, a manera de mochila, de los recipientes conteniendo «concentraciones vitales» y del pequeño proyector que le regaló. Le hizo asegurarse de que llevaba el trozo de metal blanco y le invitó a repetir las instrucciones recibidas de él para que no quedara duda de que habían sido comprendidas.

Durante el tiempo que esperaron el regreso de Zeat, Curtis estuvo poseído de impaciente excitación. Por fin, y de una forma inesperada, el regreso a la Tierra parecía poder realizarse. No estaba dispuesto a defraudar a Verkon; intentaría por todos los medios convencer a los científicos de su mundo de la amenaza latente que suponía Kran, caso de fracasar los planes del «terk». Pero, ¿sería creído? ¿No sería considerado un anormal, y recluido en cualquier sanatorio para enfermos mentales? Habría de ser muy cauto en la elección de la persona a la cual se confiara; sería necesario dirigirse a una relevante personalidad de la ciencia astronómica para tener algunas probabilidades de ser creído.

De estos pensamientos fue sacado por la vibración exterior que anunciaba el regreso de Zeat. Verkon franqueó la entrada, y el pequeño oficial quedó frente a su «terk». Aquella vez utilizaron los «nangs» breves momentos.

Tenía algo de enternecedora aquella silenciosa conversación entre dos hombres de un mundo perdido en el espacio, que exponían sus vidas para hacer retornar a Curtis a la Tierra. Así lo comprendió éste y sintió hacia ellos una intensa, indestructible amistad.

Volviéndose hacia Curtis, Verkon le anunció:

—Todo dispuesto; en marcha.

Aún deseando con toda su alma regresar cuanto antes a la Tierra, Curtis notó su pecho atenazado por una congoja invencible.

Intentó decir algo y de su garganta no brotó ningún sonido. Vio cómo Verkon se le aproximaba y cómo el impenetrable rostro del «terk» descubría algo así como una sombra de emoción.

Con la diestra extendida, según el saludo terrícola, murmuró suavemente:

—Suerte, amigo de Fall.

Venciendo aquella emoción que le embargaba, Curtis estrechó la mano del kraniano y dijo sordamente:

—Gracias, amigo Verkon.

Salió de la habitación en unión de Zeat y descendieron la rampa que les condujo a la planta baja, en la que un grupo de soldados «verdes» les dejó libre el paso.

Se colocaron los capuchones para poder distinguir en la oscuridad e hicieron funcionar la coraza flotante, emprendiendo un vuelo ascendente en dirección a la extensa zona poblada de plataformas.

Habían atravesado por sobre gran número de las que se hallaban a más bajo nivel y ahora cruzaban sobre otras más elevadas, en las que se hallaban alineados en filas interminables, aparatos de la Flota Ofensiva. Algunos soldados «verdes» miraron con indiferencia la trayectoria de su vuelo.

Sobre los puentes aéreos, brigadas de hombres con metálicos vestidos blancos reparaban los daños causados por el reciente ataque de las formaciones marcianas. De una de las plataformas brotó inesperadamente un rayo de luz que les envolvió, siguiéndoles enfocando en su vuelo. Zeat miró en aquella dirección, intentando descubrir quiénes eran los que les enfocaban. Su «skron» lanzó un parpadeo luminoso e instantáneamente la luz desapareció. En su lugar, un rápido centelleo respondió al de Zeat.

Éste desvió la ruta hacia aquel lugar, seguido por el intranquilo Curtis. Sobre la plataforma les esperaba un oficial «verde», cubierta la cabeza con el capuchón negro. Zeat se dirigió a él haciendo cesar de

funcionar la coraza, al igual que Curtis.

—¿Qué deseas, Dikor? —preguntó al otro oficial.

—Saber la dirección que llevas y por qué te acompaña el hombre de Fall —respondió la adusta voz de Dikor.

—Mostró deseos de conocer las plataformas e iba a mostrárselas.

—¿Por qué las más lejanas? —volvió a preguntar secamente Dikor. Evidentemente, su actitud era francamente hostil a Curtis.

—Pues... —titubeó Zeat al responder.

—No sigas, Zeat —le atajó el otro—. No sé aún qué pretendes, pero sospecho que tu acción obedece a un turbio plan.

La mano de Dikor iba acercándose insensiblemente a su «skron». Curtis no perdía de vista ni uno solo de sus imperceptibles movimientos.

—Por ello —prosiguió Dikor, sin dejar de mirar a Zeat—, antes de que cometas una traición... ¡muere, Zeat!

Con la rapidez del rayo, la mano de Dikor se apoyó en el «skron», dispuesto a lanzar el mortífero «rayo iris», pero Curtis, dando un salto hacia él, se le adelantó una fracción de segundo. Su mano golpeó con rapidez fulmínea el «skron» de Dikor, el cual fue desprendido estrellándose contra la plataforma. Luego, prendiendo a éste por el cinturón, lo alzó hasta dejarle la cabeza a la misma altura que la suya y le despojó del capuchón.

El rostro de Dikor quedó al descubierto y sus pupilas lanzaron reflejos de rabia demoníaca. La férrea garra de Curtis le mantenía alzado con la misma facilidad que si sostuviese una pipa. Zeat permanecía inmóvil.

—Óyeme bien, Dikor —le dijo Curtis sordamente, apretando las mandíbulas—; ésta será tu última felonía. Pero no te daré tu merecido sin antes decirte lo que pienso de ti. Eres un repugnante reptil incapaz de comprender lo que es buena fe. Tú, tú fuiste, Dikor, el que

asesinaste a Zein. Traidoramente y cuando se hallaba combatiendo a los marcianos. ¿Es así?

Curtis zarandeó violentamente el cuerpo de Dikor, que ofrecía el ridículo aspecto de un muñeco de trapo movido por un oculto resorte.

—¡Sí, yo fui! Era un traidor al Kon-Dad; como Zeat, como Verkon, ¡como todos!

De todo menos de cobarde podía tildarse a Dikor. Forcejeaba, aunque inútilmente, por desprenderse de aquellas tenazas que le retenían, pero no lanzó ni un grito de ayuda, ni una súplica. La plataforma aparecía desierta.

Curtis pensó que, una vez sin el «skron», Dikor resultaba de momento inofensivo en aquella alejada plataforma. Lo depositó en el suelo y pensó partir con Zeat. Pero éste gritó, avisándole:

—¡El rayo verde! ¡Cuidado!

Curtis dio un salto de costado y oyó el ligero zumbido de un haz de luz verde que cruzó ante sus ojos. Dikor había empuñado el proyector que llevaba suspendido en el cinturón.

Sin pensarlo un segundo, Curtis lanzó un terrible puntapié al brazo de Dikor, que, dislocándoselo, le arrojó a unos pasos. Con un salto de tigre Curtis llegó hasta él en el momento en que se incorporaba, y le asestó en el rostro un puñetazo con toda la fuerza de que fue capaz.

El resultado fue tan sorprendente como pavoroso. El cuerpo de Dikor salió lanzado de la plataforma como un cohete, ascendiendo en la noche kraniana hasta perderse en las tinieblas. La fuerza de Curtis en aquel mundo de menor gravedad, se había multiplicado en proporciones terribles.

—¡Pronto, Zeat! No hay tiempo que perder —apremió al atónito oficial.

Se lanzaron impulsados a la velocidad máxima de las ondas propulsoras, en dirección a la plataforma en la que estaba dispuesta la nave aérea en que emprenderían la salida.

Precipitadamente la ocuparon, y Zeat lanzó la señal que indicaría a Verkon que se hallaban dispuestos para el viaje por los espacios estelares.

* * *

Ante la iluminada pantalla esperaba Verkon la señal de Zeat. Aquel hombre impasible sabía que había sobrado tiempo para que hubiesen llegado, pero nada en él mostraba impaciencia.

Al fin, un luminoso círculo rojo parpadeó levemente en-el complicado cuadro de mandos. Curtis y Zeat esperaban su orden. Presionó por dos veces un pequeño resorte y quedó mirando en la pantalla el distante grupo de plataformas superiores que iban adquiriendo mayor tamaño hasta ocupar el primer plano en la pantalla. Sobre una de las plataformas podía verse un aparato separado de las formaciones alineadas.

Verkon accionó en el cuadro, enviando la señal, al mismo tiempo que alzaba un brazo como muda señal de despedida.

Del lugar en que se hallaba la nave aérea brotó un halo luminoso, y un fugaz trazo verde en la negrura nocturna marcó el paso de la nave que conducía a Curtis a la Tierra, cruzando los misteriosos abismos siderales.

XII

En la cabaña situada en el extremo occidental del oasis de Tuat, frente al gran desierto de Iguidi, reinó un silencio sepulcral al terminar Clark Curtis aquella parte de la narración.

Inmovilizados por el interés y el asombro ante la exposición de lo ocurrido en aquel inquietante mundo desconocido, el profesor Levin y el joven Martin permanecieron en aquella posición en espera de que el narrador continuase hablando.

Un silencio denso parecía envolver no sólo el interior de la cabaña, sino la cabaña entera y sus alrededores. Del cercano desierto llegaba una leve brisa que refrescaba sus ardorosas frentes.

Curtis, con la pipa entre los dientes, se incorporó perezosamente. Penetró en el segundo departamento de la cabaña y regresó con el extraño aparato que en Kran recibía el nombre de «skron».

Dejándolo sobre la estera, en el centro del grupo formado por él y sus oyentes, tomó nuevamente asiento con las piernas cruzadas. Consultó brevemente su reloj de pulsera, y observó:

—Acaban de dar las dos de la madrugada. El mensaje puede llegar de un momento a otro. Mañana se producirá el eclipse que me anunció Verkon como señal de que vendría a recogerme.

Luego, extrajo del cinturón un trozo de metal del tamaño aproximado de una tarjeta de visita, y lo entregó al profesor Levin que se apresuró a recogerlo.

—Éste es el metal blanco que utilizan los marcianos para defenderse de los «rayos iris» —explicó Curtis.

El profesor examinó cuidadosamente la plancha, entregándola después a Martin. El joven ayudante también la examinó, comprobando al mismo tiempo su ductilidad.

—¿Qué opina, Martin? —le preguntó Levin.

—Aparentemente este metal parece aluminio —respondió Martin.

—Efectivamente —asintió el profesor—; por lo menos, la mayor parte de este metal está compuesta de aluminio ¿Y dice —inquirió, dirigiéndose a Curtis— que este metal resistía los llamados «rayos iris»?

—Así me lo indicó el «terk» Verkon.

—Entonces, ¿cómo explicar el terrible efecto de los «rayos iris» en la escuadra marciana acorazada con este metal? —volvió a preguntar el profesor.

—Creo haberles dicho —respondió Curtis— que Verkon me hizo saber que existían puntos vulnerables en las naves marcianas. Sólo así se explica los estragos causados en ellas. Sin embargo, gran número de las mismas logró huir, posiblemente por no ser tocadas en

ese punto vulnerable.

El profesor Levin quedó pensativo unos instantes, tras lo cual, dejando el trozo de metal junto al «skron», razonó como para sí mismo:

—Todo esto resulta increíble, en realidad. Podemos comprobar con el «skron» si, efectivamente, este metal resiste a los «rayos iris». ¿Quiere hacerlo, Curtis?

Éste se dispuso a poner en práctica el deseo del profesor. Cogió el «skron» y dirigió las finas líneas del «rayo iris» al centro de la chapa. Al converger los extremos luminosos en la superficie metálica, se produjo un levísimo zumbido, pero el metal continuó íntegro.

Nuevamente comprobaron Levin y Martin aquel resistente trozo, sin señal alguna producida por los rayos.

—Bien, Curtis; prosiga refiriéndonos cómo llegó hasta aquí.

Quedaron sentados los tres como anteriormente estuvieron, y Curtis siguió explicándoles el alucinante episodio de su fuga a través del espacio hasta llegar a la Tierra. Por un extraño capricho continuó haciéndolo en tercera persona.

* * *

La nave aérea kraniana dirigida por Zeat salió disparada de la plataforma. Zeat iba provisto del capuchón y guantes negros -igual que Curtis- y parecía hallarse en un viaje de recreo, según la tranquilidad con que manipulaba en los mandos.

La precipitación de los acontecimientos aún tenía aturdido a Curtis, que, sentado junto a Zeat, apenas reparaba en cuanto le rodeaba. Después de algunos minutos en que trató de poner en orden sus ideas, volvió la vista hacia el piloto kraniano en cuyas manos se hallaba totalmente.

El oficial «verde» tomaba en aquel momento algunas porciones de «concentraciones vitales», contenidas en pequeños tubos de materia transparente. Curtis le imitó, haciéndolo de los recipientes que

se hallaban junto al asiento que ocupaba, y de los cuales se había desprendido al entrar en la nave. Pensó que no había cambiado palabra aún con su acompañante e intentó entablar conversación con él.

—¿Tardaremos mucho tiempo en llegar? —preguntó, indiferente.

Zeat volvió la cabeza hacia él. Aquel hombre extraño, de otro mundo distinto, cubierto por el capuchón negro y los sobresalientes anteojos, produjo en Curtis el mismo efecto que quien se halla envuelto en una espeluznante pesadilla.

—El tiempo preciso —contestó, lacónicamente, el kraniano.

—Seremos perseguidos, probablemente —comentó Curtis, insistiendo en su deseo de conversación.

—¿Perseguidos? —inquirió extrañado Zeat—. Nadie puede perseguirnos en esta inmensidad. Y estamos, además, amparados por Verkon. Verkon es un gran «terk».

—Pero, si el Kon-Dad tiene noticias de esto...

—El Kon-Dad no tendrá noticias. Todos somos leales a Verkon y a otros «terks» que están unidos en el complot. Sólo Dikor era traidor entre los «verdes» y estaba perfectamente controlado.

Curtis contempló el firmamento en el que parecían estar ellos inmóviles. Lejanos soles lanzaban sus tenues parpadeos, y a escasa distancia -escasa para la vista- la nebulosa de una constelación parecía una gasa extendida en el éter y espolvoreada de plata.

Inopinadamente, un pedrusco de enorme tamaño cruzó raudamente por encima de la aeronave. Otro más... y otro... El último lo hizo a una proximidad inquietante. Curtis tuvo un ligero sobresalto que fue observado por Zeat.

—Estamos en una zona de «toong» —le informó el kraniano—; restos de mundos desaparecidos.

Parecía imposible que la astronave pudiese evitar el choque con aquellos asteroides, que, en número incalculable, parecían

precipitarse sobre ellos. A través de la materia transparente que cubría la nave, Curtis vio espantado el paso de una verdadera avalancha de asteroides de todos los tamaños imaginables. Cruzaban como exhalaciones, dejando, algunos de ellos, como una estela fosforescente.

Zeat maniobraba expertamente, sin demostrar inquietud alguna, como un práctico timonel dirigiendo la embarcación por lugares plagados de arrecifes.

Curtis se hallaba como hipnotizado ante aquel paisaje dantesco. Enormes masas pétreas parecían flotar en este mar de tinieblas, lanzando lívidos reflejos. Algunos, algo más alejados, parecían seguirles en su vuelo. Contempló los cráteres que aparecían en sus muertas superficies, o la extraña conformación de los picos montañosos que daban a sus contornos la apariencia de monstruosos moluscos terrestres.

Una catarata de chispas incandescentes envolvió por unos segundos a los atrevidos viajeros mientras un uranolito de gran tamaño pasaba próximo a ellos trazando en el aire extrañas vueltas en espiral.

Zeat, atento al mando de la astronave, se dirigió a Curtis:

—Atravesamos una peligrosa extensión poblada de «toong» errantes[2]. Marchan a escasa velocidad, pero pronto nos veremos libres de ellos. .

A pesar de la excitante situación, el sueño fue venciendo a Curtis. Intentó resistirse, pero lentamente fue cayendo en un sopor insuperable, hasta que se quedó profundamente dormido como si estuviera en un confortable lecho.

Durmió profundamente y al despertar se halló en magníficas condiciones. Junto a él, Zeat continuaba inmóvil recostado en su asiento.

Las manos del kraniano descansaban plácidamente en los brazos acanalados del asiento. Curtis parpadeó, sorprendido. Miró a su

alrededor y sus ojos no pudieron descubrir el espacio que les rodeaba exteriormente, por hallarse la envoltura transparente recubierta en su exterior por una masa gris espumosa parecida a algodón. Sobresaltado, comprobó que Zeat estaba dormido y que la astronave volaba a su placer, sin control alguno. Movió con suavidad al kraniano y al punto éste despertó.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con voz tranquila.

—Pues... —Curtis señaló los abandonados mandos del aparato.

—Van controlados por las ondas. Éstas lo conducen en la dirección señalada, desviándolo si encuentra algún obstáculo.

—¿Y esa capa gris? —indagó Curtis, señalando la que envolvía la parte transparente.

—Son partículas astrales que se adhieren a la nave, atraídas por la fuerza centrípeta de su marcha en el espacio. A veces nos rodean minúsculos satélites que nos acompañan a través del espacio. Las ondas repelentes nos libran de ellos.

Zeat giró un resorte del cuadro de mandos, e instantáneamente se vio libre la parte superior de aquel obstáculo visual.

Entonces, Curtis pudo ver frente a ellos una gran esfera aplanada a la que bañaba parcialmente la luz solar. Parecía envolverla una densa niebla, y en general, su color era de un amarillo desvaído. Señaló a Zeat el lejano planeta y el kraniano le informó:

—Fall. Pronto llegaremos.

Un impulso irrefrenable obligó a Curtis a incorporarse como despedido por un muelle. ¡Fall! Es decir, la Tierra. No podía dar crédito a lo dicho por Zeat, mientras intentaba descubrir con la vista el menor detalle familiar en la esfera. No parecía posible que aquel globo amarillento fuese el mundo en que él nació. ¡Cielos! ¡Qué pequeño e insignificante parecía en aquella inmensidad...!

Zeat pareció adivinar sus pensamientos porque, haciéndole señas para que continuase sentado, le explicó:

—Fall se halla envuelto por distintas capas atmosféricas. La refracción de las capas superiores deforma la visibilidad y le hace aparecer a esta distancia unas veces de mayor y otras de menor tamaño que la realidad. Su forma también cambia. Pero pronto atravesaremos las capas superiores de su atmósfera.

La palabra equivalente a «pronto» en el lenguaje kraniano tenía para Curtis el mismo significado que si en la Tierra le dijesen «alguna vez». Pues fueron varias las veces las que durmió y volvió a despertar sin que, aparentemente, la Tierra se hallase más próxima.

A pesar de no querer perder detalle de la aproximación, cuando el sueño comenzaba a rendirle, sólo le quedaba el recurso de pedir al kraniano le llamase con anticipación antes de llegar a ella.

Una de estas veces, Zeat le despertó anunciándole que iban a atravesar las primeras capas atmosféricas terrestres. Ante la expectación de Curtis, Zeat maniobró, cambiando el rumbo de la nave. Ahora la Tierra se hallaba a la derecha y debajo de ellos. Sonó un leve chasquido que hizo estremecerse al aparato, y el piloto anunció:

—La llegada a Fall es inminente.

El diámetro de la Tierra aparecía sumamente aumentado, y la superficie adquirió un tono amarillo más intenso. La visión de la Tierra estaba entorpecida por grandes masas flotantes de vapores, pero Curtis, habituado a la observación aérea, le pareció descubrir, a través de algunos claros, el conocido contorno del Golfo de México.

La impresionante velocidad de la astronave y su rápido acercamiento, hacían que variase sensiblemente por momentos el aspecto de la Tierra. El tono amarillo había empalidecido en algunos lugares, mientras en otros adquirió un brillo casi doloroso para los ojos. Luego, a medida que se aproximaban, Curtis quedó sorprendido al observar que la superficie terráquea aparecía cóncava y no convexa como era de esperar.

Ya podía distinguirse todo el hemisferio norte como un mapa en proyección ortográfica, distinguiéndose un inmenso campo de hielo extendido hacia el Norte. La mancha del océano presentaba un

evidente color blanco grisáceo con un brillo cegador, y, de improviso, notó en el mar una gran cantidad de puntos negros, que supuso debían ser islas.

Antes de que las sombras nocturnas impidieran la visión de aquella parte de la Tierra que se hallaba bajo ellos, aun cuando la nave volaba a plena luz solar, pudo descubrir Curtis la alargada forma de las islas Británicas, la costa atlántica española y una fracción del norte de África.

La astronave conducida por Zeat, penetró, descendiendo, en las sombras nocturnas terrestres, dejando en la noche una fulgurante estela verde...

Al descender suavemente, hasta quedar descansando en el terreno arenoso, la astronave lanzó una ráfaga de luz blanca que hizo visible el contorno desértico en que habían aterrizado.

Zeat dejó libre el orificio superior que daba acceso al aparato, y ambos, envueltos en la coraza flotante del «skron», se lanzaron al exterior, llevando Curtis los objetos de su pertenencia. Una vez en tierra, Curtis hizo cesar el funcionamiento del «skron», mientras Zeat permanecía como una fantasmal figura suspendido a varias pulgadas del suelo, alumbrados por la fija pupila luminosa de la astronave.

A escasa distancia de aquel lugar, se descubría la masa negra de la arboleda.

Zeat habló:

—En este mismo lugar serás recogido. Recuérdalo bien. En este mismo lugar.

Luego, haciendo el saludo de Kran, terminó:

—Que triunfe el «terk» Verkon y seremos amigos, hombre de Fall.

Mientras Zeat ocupaba su puesto en la nave aérea, Curtis continuó inmóvil en el mismo sitio.

Sonó la aguda y metálica vibración de las ondas impulsoras, y la

astronave, iniciando una suave curva en el aire, se adentró velozmente en el espacio, hasta que, segundos después, no era más que un imperceptible puntito verde en la inmensa bóveda estrellada.

XIII

Al terminar la narración, Curtis aspiró una larga bocanada de la pipa, ante el absoluto silencio de sus dos oyentes. Cuando expulsó el humo con toda calma, continuó:

—Al dejarme el kraniano a unas yardas de este lugar, habían transcurrido dos años desde que fui recogido en Utah, según pude comprobar algunos días después. He permanecido por estos alrededores casi un año, fingiéndome un árabe nómada por temor a ser descubierto y que me impidieran estar aquí cuando ellos vengan a buscarme. Ese mismo temor me ha impedido explicar a nadie lo ocurrido; me habrían tomado por loco y tal vez me hubiesen internado.

El profesor Levin le interrumpió:

—Pero, ¿por qué no comunicarlo antes a algún científico?

Una escéptica sonrisa asomó a los labios de Curtis.

—Lo hice; escribí al Observatorio Lowell, de Arizona, y a Monte Palomar y Monte Wilson, de California. Pero tomarían aquellos informes por los de un estúpido lunático y no les harían caso. He dejado en el Banco Argelino, de In-Salah, un sobre para ser entregado a mi familia si en el plazo de diez años no vuelvo a recogerlo. Sólo al leer en unos periódicos -que me trajo el tuareg- que el famoso profesor Jules Levin llegaría a Argel para efectuar unas observaciones del eclipse fue cuando decidí ponerme en contacto con él. Si había algún hombre en el mundo capaz de comprender lo ocurrido y no creerme un loco, ése era usted, profesor.

Volviéndose hacia Martin, rectificó sonriendo:

—Pero me equivoqué; hubo dos hombres que me dieron crédito.

Del «skron» colocado sobre la alfombra en el centro del grupo, brotó un agudo sonido que hizo a Curtis abalanzarse sobre él con

ansiedad. También el profesor y Martin se acercaron para mirar el artefacto.

La pequeña ranura que tenía el «skron», en cuyo fondo se distinguía una sustancia blanca, se iluminó con una luz sonrosada. Súbitamente, una ondulante línea luminosa, de intenso color rojo, cruzó la abertura por tres veces consecutivas.

—¡El mensaje! —exclamó Curtis.

Aquella línea luminosa se repitió varias veces en el transcurso de un minuto, comprobado por Martin en su cronógrafo. Eran, exactamente, las tres de la madrugada del día en que sobrevendría el eclipse.

Y luego, pasmados de admiración, el profesor y Martin oyeron cómo brotaban del «skron» unos sonidos levísimos y armónicos, emitidos por una voz humana.

Curtis escuchaba con profunda atención. En una pausa, tradujo rápidamente:

—Han atravesado la capa superior de nuestra atmósfera. Se acercan...

Del aparato brotaron algunos sonidos más y luego se apagó la luminosidad.

—Corramos, amigos. Es importante hallarse allí —apremió Curtis, poniéndose en pie rápidamente y colocándose el «skron» con el cinturón transparente.

Levin y Martin también se dispusieron a salir. Sobre la estera quedó el proyector y el trozo de metal blanco.

Salieron al exterior con precaución, para no despertar al tuareg ni al conductor. Atravesaron la parte poblada de vegetación, y, cruzando el polvoriento sendero por donde llegaron, fueron adentrándose en el espacio arenoso.

La calma de la noche pareció envolverlos. El profesor, profundamente excitado, avanzaba trabajosamente por la superficie

de arena, sin dejar de dirigir miradas hacia el espacio. También Martin y Curtis parecían querer horadar las tinieblas en las que titilaban las luces de los lejanos astros.

Habrían caminado unos treinta minutos, cuando llegaron a un lugar señalado con varias estacas clavadas en la arena.

—Éste es el lugar —les dijo Curtis— donde me dejó Zeat.

Esperaron anhelantes, escudriñando la bóveda estrellada. No se distinguía rastro alguno de punto luminoso que se moviera. Tomaron asiento en la arena, sin dejar de mirar hacia arriba, guardando un absoluto silencio. Éste fue roto por Curtis.

—Si llega Verkon o Zeat les pediré que queden en la Tierra hasta organizar una expedición de algunos científicos que visiten Kran.

—Yo seré uno de ellos —afirmó Levin—. «¡Mon Dieu!» No seré quien pierda esta magnífica oportunidad.

Un silbido agudo, como el que produce un proyectil al rasgar el aire, cortó la frase de Levin, y, antes de que pudieran hacer movimiento alguno, una ráfaga de luz verdosa describió sobre ellos una rápida curva, perdiéndose a lo lejos. Nuevamente vieron ascender en raudo vuelo aquel cuerpo luminoso, el cual comenzó a descender justamente sobre el lugar en que ellos se hallaban.

El resplandor fluorescente de la invisible parte superior del aparato, al iluminar su contorno, mostró al grupo de hombres que se hallaba en tierra, la forma circular de la aeronave.

Ésta descendió hasta hallarse apoyada en el suelo, y entonces brotó de la parte inferior un haz cónico de luz blanca que iluminó un gran espacio de terreno, incluido el que ocupaban Curtis y sus acompañantes.

Una vez el extraño artefacto quedó inmóvil, vieron salir flotando de la cubierta superior un estrambótico ser de pequeña talla, cubierto por un refulgente y ajustado traje de verdosos reflejos, cuya enorme cabeza, así como las manos, aparecían también cubiertas por capuchón y guantes de una materia negra.

El kraniano, descendiendo hasta quedar separado unas pulgadas del suelo, quedó a varios metros de distancia del grupo.

—¡Amigo de Kran! —saludó Curtis, avanzando unos pasos.

Aquel hombre colocó una mano sobre el «skron» que llevaba sujeto a la altura del pecho, y emitió algunos sonidos con la garganta. Instantáneamente, quedó enfocado el pecho de Curtis por el «rayo iris», prestos a ser hechos coincidir sus cuatro haces de luz y pulverizarlo.

Al mismo tiempo, saltaron de la astronave otros dos seres semejantes al primero, que enfocaron de igual forma al profesor y a su ayudante.

—¡No son mis amigos! —susurró Curtis, dolorosamente— ¡Han fracasado!

De los aparatos que enfocaban a Curtis y Martin, el profesor Levin vio brotar unas ráfagas de luz verde, que, dando en los rostros de éstos, parecieron galvanizarlos. Se acercaron a ellos los dos kranianos y uno colocó en la espalda de Martin otro «skron». Luego, dirigiéndoles los rayos, les envolvieron en las corazas flotantes, conduciéndolos al interior de la astronave.

Levin hubiera querido hacer algo para impedirlo, pero los efectos de aquellas cuatro líneas de luz enfocadas en su pecho, le hicieron no intentar nada.

Mientras tanto, y sin que ninguno de ellos se diese cuenta, dos negras siluetas, iban avanzando por el arenal, orientadas por el cono de luz que proyectaba el aparato. El conductor árabe y el tuareg habían sido despertados por el agudo silbido causado al paso de la astronave. Se acercaron a la cabaña, y, al hallarla desierta, temieron hubiese ocurrido algún percance. Cogiendo las carabinas del interior del «jeep», marcharon fuera de la vegetación, encaminándose hacia la luz que se divisaba en el desierto.

* * *

El silencio nocturno fue rasgado por dos disparos consecutivos

que-hicieron ponerse alerta a los kranianos, al notar los impactos en las corazas de ondas.

El que primero descendió del aparato hizo una leve indicación al que enfocaba a Levin, y el «rayo iris» funcionó. Un ligero fulgor de magnesio fue cuanto produjo la desaparición del cuerpo de aquel gran astrónomo.

Lanzados en persecución de los que les atacaban, los kranianos volaron tras las dos siluetas que huían. Otra proyección del «rayo iris» dejó el cuerpo del conductor confundido con la arena del desierto.

Rápido como un gamo, el tuareg se hallaba próximo a la cabaña cuando fue alcanzado por los mortíferos efectos del arma kraniana.

Aquellos horribles seres inspeccionaron los alrededores buscando nuevas víctimas. Al descubrir la cabaña, se acercaron a ella prudentemente. Un mugido de camello que se hallaba bajo el cobertizo les hizo ponerse en guardia. Entonces, lanzando una serie continuada de ráfagas del «skron», convirtieron la cabaña y todo su alrededor en un espacio tan asolado, que ni el más fulminante efecto de un rayo lo hubiese conseguido igual.

Con gran rapidez, se dirigieron a la astronave, la cual se puso en marcha hundiéndose en la noche.

Sobre el lugar en que se desarrolló la terrible escena, volvió a cernirse el silencio nocturno y el aire del desierto...

XIV

Aquel día había resultado extraordinariamente movido para el activo Marcel Polignac. Desde muy temprano estuvo en constante movimiento, ayudado por Clemont, preparando lo necesario para no perder ningún detalle del eclipse. Éste se produjo a la hora prevista -once de la mañana- y las magníficas condiciones atmosféricas hicieron posible observar interesantísimos detalles de la fotosfera que envuelve al verdadero cuerpo solar.

Clemont, por otra parte, consiguió valiosas fotografías de la

cromosfera y capa reversible, obteniéndose con todo ello unos resultados más que suficientes para hallarse satisfechos. Mas monsieur Polignac no lo estaba completo.

Aún no había podido descifrar el misterio que rodeaba la ausencia de su colega Levin y ya le habían anunciado telefónicamente que en el hotel Nubia, de In-Salah, le aguardaban los científicos enviados por los Observatorios de España, Italia, Inglaterra y Alemania. Algo como para volverse loco. Qué diría a estos hombres, desplazados desde tan lejanos puntos, si resultaban fantásticas las afirmaciones de Levin. Amargamente arrepentido por haberse dejado llevar por lo que él consideraba ligereza imperdonable, monsieur Polignac dejó a cargo de Clemont la organización de todos los detalles para trasladarse aquella misma tarde a In-Salah.

Un oficial francés les condujo en la avioneta facilitada por el Gobernador Militar a través del montañoso territorio argelino. En pocas horas llegaron a In-Salah y fueron a hospedarse en el hotel en que esperaba la comisión científica.

Sin apenas tomarse un ligero descanso, Marcel Polignac apremió a Clemont para que le pusiese en comunicación con los delegados extranjeros.

En un salón reservado, cedido por la Gerencia del hotel, se celebró la entrevista.

Por Clemont, que dominaba a la perfección varios idiomas, fueron presentados a Polignac los cuatro hombres que representaban a otras tantas naciones en la ciencia astronómica.

Una vez todos tomaron asiento, monsieur Polignac les dirigió la palabra:

—Señores —comenzó algo nerviosamente—; agradezco la atención que supone su presencia en este lugar. Mi colega, el profesor Jules Levin, me indicó cablegráficamente comunicara a todos los Observatorios astronómicos que en este lugar daría a conocer un importante descubrimiento.

Monsieur Polignac carraspeó antes de continuar:

—El profesor Levin no se encuentra en In-Salah, según he podido informarme. Sólo nos resta aguardar su llegada, pues, al igual que ustedes, tanto el señor Clemont como yo, desconocemos en absoluto la índole del descubrimiento anunciado.

Al terminar de hablar Polignac, el italiano Di Corpa extrajo un sobre del bolsillo y lo alargó a éste, diciéndole:

—Llegué con alguna anticipación a mis compañeros, y en el hotel me hicieron entrega de esta carta cuyo contenido ya es conocido por nosotros.

Polignac extrajo la misiva precipitadamente. Reconoció la menuda letra de Levin. Éste indicaba en ella que partía en dirección al oasis de Tuat, dando la situación geográfica del lugar, «para comprobar la más extraordinaria noticia de mundos habitados de que pudiera haber tenido conocimiento jamás». Explicaba después, rápidamente, los efectos desconcertantes y terribles de un pequeño artefacto que le habían mostrado, procedente de aquellos mundos desconocidos, de cuyos efectos podía dar fe. Terminaba firmando la carta «en perfecto uso de sus facultades mentales», lo que atestiguaba la firma de su ayudante Luis Martin, testigo también de todo lo expuesto.

Una nota escrita al final, decía: «Si durante todo el día en que se produzca el eclipse no reciben noticias nuestras, pueden iniciar las investigaciones que consideren convenientes. Algo superior a nosotros nos habrá impedido enviarlas».

Todos los componentes de la reunión permanecían silenciosos. Al terminar la lectura, Polignac entregó la carta a Clemont, y dijo, dirigiéndose a todos ellos:

—Y bien, ¿qué opinan de esto?

—Esperaremos —contestó, lacónicamente, el alto y grave mister Kettley.

—Exactamente todo el día de hoy —corroboró con firmeza Karl

Ground.

—Puesto que la tarde se halla avanzada —propuso el español Vázquez—tal vez resultara conveniente hacer algunas gestiones para salir en su busca. En el caso, naturalmente, de que no se reciban noticias.

Así fue acordado por todos y designaron a Clemont para llevar a cabo las gestiones.

Transcurrió el día, ante la impaciencia creciente de aquellos hombres, sin recibir noticia alguna del profesor Levin. Polignac daba rápidos paseos por la estancia, consultando frecuentemente el reloj de pulsera.

Ya las sombras de la noche se extendían por aquellos lugares, cuando Polignac, encarándose con todos, casi gritó nerviosamente:

—¡No puedo más! ¡No lo resisto! Partamos hacia el oasis o hacia el infierno si es necesario. Cualquier cosa antes que permanecer aquí inactivos. ¿Están conformes?

Ante la aprobación general, se organizó la expedición en busca de Levin y su ayudante. Una escolta militar, facilitada por las autoridades, les acompañaría a través de la solitaria ruta.

Días después, llegaba al oasis de Tuat una caravana compuesta por tres vehículos motorizados. La componían Marcel Polignac y Clemont, cuatro representantes extranjeros, más una escolta militar mandada por un oficial.

Llegaron al punto señalado en la carta de Levin polvorientos y agotados por el duro viaje a través del árido camino. Se apearon al llegar a la desviación que conducía al lugar que ocupó la cabaña, cuyo emplazamiento le comunicaron en Argan algunos nativos.

Los soldados que se adentraron en el oasis para explorarlo, volvieron diciendo que no había señales de la cabaña. Todos los expedicionarios marcharon al interior del oasis siguiendo el sendero.

A su vista se ofreció un claro en el que segados troncos de arbustos y unos extraños restos parecidos a cenizas les indicaron el

lugar en que debió estar situada la cabaña. Realizaron un minucioso examen del lugar, y, removiendo cuidadosamente el terreno sólo pudieron hallar una pequeña plancha de aluminio que no les aportó ningún dato en su búsqueda.

Una patrulla de soldados regresó informando que a unos cientos de metros encontraron varias estacas clavadas en la arena y huellas de pasos a su alrededor. Traían consigo el estuche de aluminio de unas gafas, con las letras J. L. enlazadas. Fue reconocida por Polignac como perteneciente al profesor Levin.

Tras infructuosa búsqueda, después de acampar una noche en el oasis, la expedición regresó sin haber podido aclarar el misterio de la desaparición de Jules Levin y su ayudante.

Al regreso, les dieron detalles en Argan de que había sido visto el rápido paso de un meteoro que se adentró en dirección al desierto de Iguidi, pero, tristemente preocupados, no le prestaron atención.

* * *

En su residencia particular, en Francia, Marcel Polignac leyó en un periódico, algunos días después, la siguiente noticia:

«El conocido astrónomo profesor Jules Levin, acompañado por su ayudante Luis Martin, pueden considerarse desaparecidos en extrañas circunstancias. Al parecer, el profesor y su ayudante se trasladaron a una desierta región africana para realizar algunos experimentos, cuya finalidad se desconoce, y, probablemente, sobrevino una explosión que, por desgracia, les causó la muerte. En el lugar del suceso fue hallado un objeto perteneciente al profesor Levin, que confirma esta triste circunstancia. La ciencia astronómica ha perdido con ellos a dos de sus más fervientes servidores».

Al terminar de leer. Marcel Polignac salió a la terraza del jardín. La despejada noche mostraba el esplendor de un cielo maravillosamente estrellado.

Al alzar los ojos hacia la bóveda punteada de estrellas, el rutilante

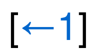
punto luminoso de Marte pareció enviar misteriosos parpadeos a las pupilas de Marcel Polignac, rebosantes de lágrimas.

F I N

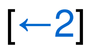
TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*

Notes



Número equivalente a diez en Kran.



Se refiere a los bólidos denominados «braditas», que se mueven con tal lentitud que parecen casi fijos en la bóveda celeste.